

TODO VALE EN LA POLÍTICA Y EN EL AMOR

El Alcalde y la Activista



LAURA BENET

El Alcalde y la Activista

Cristina es una joven idealista y romántica, que cree en la vida sana y en la defensa del medio ambiente. Está dispuesta a todo con tal de defender aquello que le importa. Hasta de enfrentarse al alcalde y a quién haga falta, sin medir las consecuencias. Aunque ese alcalde tan guapo y atractivo no quiera escucharla.

Carlos siempre ha querido ayudar a la gente. Por eso se dedica a la política, y por eso pasa su tiempo libre recluido en su despacho del ayuntamiento. Hasta que una encantadora activista se cruza en su camino y vuelve su vida del revés. Lástima que esa chica se empeñe en ver problemas en vez de soluciones.

Ellos no contaban con los azares del destino. La sagaz y adorable activista se ve obligada a compartir su espacio con el extremadamente seductor y juicioso alcalde. ¿Podrán esos dos contrincantes ponerse de acuerdo en algo? Y no sólo eso, ¿resistirá su mutua atracción el choque de sus ideas antagónicas? ¿O esa relación ya ha fracasado de antemano?

Otros títulos de la autora

[Vaya Novio que me has buscado, Mamá \(ES, US, DE, UK, FR\)](#)

[Y resultó que era mi Médico \(ES, US, DE, UK, FR\)](#)

[Amor infiltrado \(ES, US, DE, UK, FR\)](#)

[Amor Inesperado \(ES, US, DE, UK, FR\)](#)

[Amor insospechado \(ES, US, DE, UK, FR\)](#)

Índice de Contenidos

[El Alcalde y la Activista](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Cristina aparcó su coche frente al lujoso hotel donde tendría la reunión. Había llegado el momento.

A sus veinticinco años, era la presidenta de Ecomovie, una asociación dedicada a la defensa del medio ambiente, y por fin había conseguido una audiencia con el alcalde. Ese hombre debía entender que no podía jugar con la salud de las personas. Que no podía permitir que se construyera esa urbanización. La vida salvaje también era importante.

Sonrió. Lo conseguiría. Sabía ser convincente.

-Debe de ser por aquí -murmuró mirando a su alrededor.

De estatura media y morena, Cristina era guapa, pero destacaba sobre todo por sus llamativos ojos azules y su personalidad arrolladora. Su mayor atractivo era su valentía y su decisión.

Su cita era a las doce y faltaban cinco minutos. Perfecto. No llegaría ni pronto ni tarde. Sólo le faltaba encontrar la sala donde la recibiría el alcalde. La Sala 3. Un letrero señalaba la ubicación de dicha sala, y Cristina se dirigió hacia allí.

-¡Cristina! -una voz conocida la llamó desde unos metros atrás.

-¡Carlos! -exclamó Cristina sonriendo.

Vaya. ¡Qué casualidad! Cristina conoció a Carlos en una boda. En realidad, en una boda doble. Andrea y Teresa, sus mejores amigas, se casaron con Alberto y Daniel, dos amigos de Carlos. Durante el banquete que siguió a la ceremonia, alguien, no recordaba quién, se lo presentó. Y a ella le pareció superatractivo. Alto, rubio y con la cara cuadrada, no sólo la dejó impactada, sino que lo pasó realmente bien con él.

Carlos y ella estuvieron flirteando durante toda la noche. Bailaron, rieron, pero no llegaron a nada. Carlos le gustaba y esperaba que la llamara, pero todavía no lo había hecho y ella estaba algo mosqueada.

-Justo estaba pensando en llamarte -dijo Carlos cogiéndole las manos y mirándola a los ojos.

Se mostraba tan contento de verla, que Cristina lo perdonó enseguida.

-Estás guapísima -dijo él haciéndola girar sobre sí misma-. ¿Qué haces por aquí?

-Una reunión con un pez gordo -contestó ella evasiva. No le gustaba dar datos sobre sus actividades-. Un tío desagradable de verdad -frunció el ceño.

-¡Pobrecita! ¿Cómo de desagradable? -preguntó él solidario.

-Seguro que tiene sobrepeso y una papada descomunal -Cristina sonrió de su imaginativa descripción-. ¿Y tú?

-Una reunión también, pero la mía es aún peor -Carlos bajó la cabeza-. Es con una tocapelotas. Una señora que se ha pasado las últimas semanas fastidiando de todas las formas que se le ocurrían. Supongo que no tendrá sobrepeso - Carlos suspiró con paciencia-. Pero si lo tuviera, puede que no estuviera tan amargada y que no les amargara la vida a los demás.

Se miraron a los ojos y ambos sonrieron con simpatía. Cada uno compadeciéndose del otro.

-¿Nos tomamos un café en cuanto nos libremos de ellos? -preguntó Carlos mientras se dirigían juntos hacia las salas de reuniones.

-Vale -contestó ella-. Supongo que ese tío me echará en media hora o así.

-Pues yo creo que también podré librarme de la mía mas o menos en ese tiempo. Quedamos en la cafetería después.

-De acuerdo -sonrió ella. Casi había llegado a su destino.

-¿A qué sala vas? -preguntó él.

-A la tres. ¿Y tú?

Carlos paró en seco y miró los papeles que llevaba en la carpeta. Leyó algo, incrédulo, y luego fijó la vista en Cristina con los ojos muy abiertos.

-¡Eres la activista! -acusó-. Cristina Bartual, ¿verdad? ¡Me has tomado el pelo!

-¿De qué me hablas? -preguntó Cristina sorprendida.

-Tienes una reunión con el alcalde, ¿no es cierto?

Cristina afirmó con la cabeza. ¿Cómo lo sabía? Y además, ¿qué le pasaba? Estaba muy raro.

-¿Lo conoces? -preguntó Carlos al cabo de unos instantes, que a Cristina se le hicieron eternos.

-No -contestó ella-. No lo he visto nunca en persona. No tengo ningún interés en conocer a ese tipo de gente -explicó muy ufana-. Son unos explotadores. Hablaré con él, intentaré convencerle de algo que es más que evidente que

debe hacerse, y luego espero no volver a verlo nunca. ¿Por qué lo preguntas?

-Soy yo. Carlos Fuenlabrada soy yo.

Cristina se quedó traspuesta unos segundos. Eso no podía ser verdad. ¿Carlos el alcalde?

El majísimo Carlos, tan agradable y educado, no podía ser ese tipo egoísta y marrullero que había concedido la licencia para la construcción del bodrio. Imposible.

Además, el alcalde no podía estar tan bueno. El alcalde tenía que ser gordo. Y feo. Por las cosas que hacía.

Carlos la miraba con el ceño fruncido.

-¡Me tomas el pelo! -exclamó ella.

-Hablo en serio. Mira -dijo él mostrándole los datos de la reunión a la que ambos tenían que acudir.

Cristina estaba viviendo una pesadilla. Nunca se le habría pasado por la cabeza que, el Carlos alcalde, fuera también el atractivo Carlos que tenía frente a ella.

-Prepárate -dijo finalmente, sobreponiéndose a su incomodidad, y entrando decidida en la Sala 3-, porque esa tocapelotas enjuta y amargada va a hacer honor a su nombre.

-Bien -contestó Carlos entrando tras ella-, porque el gordo de la papada no va a dejarse amedrentar.

* * *

La reunión estaba siendo un desastre. Cristina no podía convencerlo de nada, Carlos no daba su brazo a torcer en ninguno de los puntos que trataban, y ninguno de los dos cedía.

-¡No quieres entenderlo! -exclamó Cristina.

-Eres tú la que se empeña en no aceptar las ventajas de una gran urbanización. La gente podrá comprar su primera vivienda con más facilidad.

-¿Y qué pasa con el medio ambiente? ¿No te das cuenta de la repercusión ecológica? -preguntó Cristina desesperada- Eso será un desastre.

-Hemos calibrado las ventajas y los inconvenientes -dijo Carlos sin inmutarse.

-Esa zona incluye un humedal. Muchas aves anidan ahí.

Pero Carlos se empeñaba en no entenderlo. Durante más de media hora estuvieron calibrando fuerzas. Se levantaban, volvían a sentarse, amenazaban, razonaban,... y seguían discutiendo.

Pero naturalmente, la autoridad jugaba con ventaja y Cristina se fue con las manos vacías. Salió tal y como había entrado, pero con un sentimiento de rabia y frustración añadido.

-¡Olvídate del café! -dijo Cristina cuando salió. Tuvo que esforzarse en no cerrar de un portazo- Y hasta nunca.

¡Ojalá que no se hubiera enterado de que Carlos, el Carlos que ella conocía, era también el alcalde!

Aún le costaba creerlo. Carlos, el simpático y encantador Carlos, sería el responsable del deterioro de una zona paradisíaca. Esa urbanización acabaría con la vida animal de la zona. Total para que unos cuantos urbanitas, que no tenían ni idea de las consecuencias, pudieran comprar sus casas algo más baratas.

Subió al coche enfadada y se dirigió hacia el emplazamiento donde pretendían construir el bodrio. Allí había quedado con los demás activistas y socios de Ecomovie.

-Mañana empieza la movida -dijo como saludo.

-¿Cómo ha ido? -preguntó Alejandro, uno de los manifestantes-. ¡Ah! -exclamó al mirar su cara con atención- Parece que no muy bien.

Alejandro era un joven arquitecto muy vinculado a las asociaciones en defensa de la naturaleza. Alto, rubio y en buena forma física, era muy atractivo, y Cristina sabía que ella le gustaba. Pero a ella no le gustaba él. Le faltaba garra y era demasiado predecible. Aunque era un buen tipo y un buen amigo. Podía confiar en Alejandro. No como en otros.

-Pues no, no ha ido bien. Habrá que movilizarse.

Todos prometieron acudir al día siguiente. No eran muchos, pero tenían que impedir la tala de dos alcornoques. Eran muy antiguos y merecían un respeto, pero los constructores querían cortarlos para meter las excavadoras.

-Nosotros vendremos a las ocho -dijo Alejandro.

-Supongo que empezarán a las nueve -contestó Cristina-, pero saben que estaremos aquí, así que nunca se sabe.

-No saldrá bien -dijo Alejandro con tristeza-. Lo intentaremos, pero no saldrá

bien.

No era el momento de hundirse, y Alejandro era demasiado pesimista.

-Yo seguiré intentando parar ésto de la forma habitual -hizo una pausa-

Pegando la paliza -sonrió-. Pero no conseguiré nada. El alcalde es demasiado cazurro. Lo que sí espero es tocarle las narices lo bastante como para que nos haga caso a la larga. Al final, ganaremos.

-¿Y qué pasará con los alcornoques? -preguntó Alejandro.

-De los alcornoques te puedes despedir. No llegaremos a tiempo.

* * *

Cristina se dirigió preocupada hacia el pueblo cercano. No había comido en todo el día y necesitaba nutrirse. ¿Dónde podría encontrar fruta fresca?

Porque no le servía cualquier comida. Cristina era vegana. No comía ni animales ni sus derivados. Y no siempre le resultaba fácil encontrar alimentos adecuados y nutritivos fuera de casa. Por suerte, pronto encontró una frutería y pudo comprar la cena y el desayuno del día siguiente.

Ya más tranquila, se dirigió hacia su hotel. Mejor dicho, hacia el que había sido su hotel hasta ese día. Porque ya no podría quedarse allí, pero tenía que recoger su maleta.

Había dos hoteles en la zona, el Cástor, caro y el Pólux, barato. Los dos de la misma empresa. Naturalmente ella se quedaba en el barato, pero esa madrugada había habido un pequeño incendio y tenían que realojar a los huéspedes en el otro. El caro. El mismo en el que se había reunido con Carlos.

-Espero que me mantengan el precio -refunfuñó enfadada-. No ha sido mi culpa y no quiero pagar más de la cuenta. Además, deberían hacerme una rebaja por algunos clientes desagradables que se hospedan allí.

Resopló al recordar a Carlos.

Cristina prefería el Pólux, el hotel que había elegido primero. Pero no porque tuviera problemas económicos, porque se ganaba bien la vida como periodista independiente. Sino porque su necesidad de ahorrar era una convicción. ¿Para qué gastar más si podía gastar menos y tener lo mismo?

Aunque el nuevo hotel, el caro, le encantaba. Era una pasada. La recepción era amplia y los recepcionistas, uniformados, atendían a los clientes con amabilidad y simpatía.

¡Vaya! No a todos. Cuando llegó su turno sonó el teléfono, y el recepcionista que la atendía se limitó a soltarle unas llaves y decirle el número de la habitación.

Claro, sólo hacen caso a los que pagan con VISA Platinum por lo menos.

A esos les hacían la pelota descaradamente. Por eso a ella no le gustaban esos sitios. Porque, tanto los clientes como los empleados, eran unos snobs.

Aunque por lo menos el recepcionista le confirmó que le mantenían el precio del otro hotel, y eso ya era algo. Se encogió de hombros, cogió su maleta y buscó su habitación. Sólo serían unos días.

Pero cuando abrió la puerta de su habitación se quedó patidifusa. ¡Le habían asignado una suite!

Era maravillosa. Las vistas a la montaña eran increíbles y la decoración, nueva, moderna y funcional, pero de calidad. ¡Tenía cocina con electrodomésticos! Y una habitación para dormir, un despacho, salón, y baño con ducha y bañera de hidromasaje. Y dos televisores, un ordenador portátil, y una cafetera. ¡Podría hacerse café!

Cristina la recorrió en éxtasis y casi les perdonó la mala educación.

Después de deshacer la maleta, se dio un baño, cenó una ensalada de manzanas con frutos secos, y preparó un bol de frutas troceadas para desayunar al día siguiente. Después apagó la tele y se fue a dormir. Estaba agotada, pero al día siguiente sería peor. Y al otro. Iba a ser una época dura y difícil.

Capítulo 2

Carlos estaba ilusionadísimo con la construcción de *Salitre*, una gran urbanización, estructurada como un pueblo, que permitiría el acceso a viviendas estupendas a un gran número de familias.

Más aún. El ayuntamiento invertiría mucho dinero en la adquisición de algunas de esas viviendas para destinarlas a usos sociales.

El principal objetivo de Carlos era conseguir el bienestar de la gente. Y a eso se dedicaba principalmente desde hacía años. Lo había hecho como arquitecto, pero como alcalde, podía hacer más. Mucho más. Y Cristina era una irresponsable. Ese proyecto que ella pretendía tumbar, era lo mejor que podía hacer un ayuntamiento para ayudar a los jóvenes. ¿Cómo era posible que ella no se diera cuenta?

-¿Cómo ha ido la reunión? -Carmen, su secretaria, no había podido acudir.

De unos veinticinco o veintiséis años, Carmen era alta, morena y elegante. Además de ser muy eficiente.

-Fatal -contestó él-. Esa mujer no atiende a razones y todo seguirá igual. Mañana se concentrarán para evitar la tala de los alcornoques.

Carlos no entendía por qué se negaban a aceptar el progreso. Iban a construirse viviendas de calidad a un precio adecuado. Sin especulación. ¿Qué tenía de malo eso? Desde su punto de vista, era la única forma de ayudar a las familias sin recursos, o con recursos limitados, y a la gente joven. En *Salitre* tendrían acceso a una vivienda digna y bien ubicada.

-Esos activistas cerriles no se enteran de nada -dijo Carmen apoyando a su jefe-. No entiendo qué problema tienen con esas viviendas.

Carlos tampoco lo entendía. Ni podía imaginar por qué Cristina, precisamente Cristina, era la cabecilla de esos descerebrados. Cuando la

conoció, le había parecido fantástica. Claro, que ya no pensaba eso. Fue fantástica hasta que se enteró de que también era la activista más paliza de la ciudad. La que le había amargado la vida durante las últimas semanas, con llamadas, con escritos o con manifestaciones.

-No entiendo qué pretenden. ¡Si hasta construirán un colegio, una piscina y una biblioteca! -Carlos necesitaba desahogarse con alguien, y Carmen era una buena oyente. Escuchaba atentamente y asentía de cuando en cuando.

La urbanización sería como un pueblo tranquilo y agradable. Un nuevo modelo de residencia. Con todas las infraestructuras necesarias para una vida de calidad, y al precio adecuado. Carlos no quería que fuera una ciudad dormitorio, quería que fuera un pueblo con alegría y personalidad. Con sus plazas y sus parques. Incluso él mismo estaba pensando en mudarse allí cuando dejara la alcaldía.

Carmen lo miraba con adoración mal disimulada, pero Carlos no se daba cuenta. Él seguía a lo suyo. Los activistas no entendían nada y él continuaba protestando.

-Para esa gente, para los manifestantes esos, son más importantes cuatro árboles que las personas -refunfuñó enfadado-. Y seguirán planteando problemas hasta el final.

Por eso se hospedaba en uno de los hoteles cercanos, el Cástor. Para poder vigilar. Necesitaba estar al tanto de todo.

* * *

Llegó al hotel tarde y agotado.

Había tenido que convencer a Carmen para que no se quedara con él. Por alguna razón, ella estaba convencida de que debía permanecer a su lado. Pero no se lo permitió. Era mejor que ella atendiera los asuntos del despacho. Además, ¿dónde pensaba dormir? Un sexto sentido, en el fondo de su cerebro, le sugirió que tal vez pensaba quedarse en su misma habitación. Pero no. No podía ser eso. Carmen era una mujer sensata. Pero por si acaso, iría con cuidado de no darle esperanzas. Porque su secretaria, a pesar de ser muy competente, no le gustaba como persona. Había algo en su forma de hacerle la pelota, porque estaba seguro de que su amabilidad era fingida, que le molestaba enormemente.

-¡Oh! Señor alcalde -el recepcionista casi le hizo una reverencia cuando lo reconoció-. Tenemos su habitación preparada. Dispone de mueble bar, caja

fuerte,...

Carlos no quería que le soltaran el rollo. Quería ir a su habitación y que lo dejaran en paz. Estaba muy cansado.

-Manolo -el recepcionista llamó a un mozo-. Hazte cargo de la recepción unos minutos, que yo voy a acompañar al señor alcalde a su habitación.

Ni hablar. Tenía demasiado sueño como para que le mostraran todas las maravillas que contenía la dichosa habitación. Y estaba harto de que le hicieran la pelota. Desde que era alcalde, casi todo el mundo le hacía la pelota de forma descarada. Nunca le gustaba, pero cuando estaba cansado, no lo soportaba.

-No es necesario -Carlos agarró firmemente su maleta, impidiendo que se la cogiera el recepcionista-. Yo mismo la encontraré.

Cogió las llaves de su habitación y no consintió que nadie lo acompañara. No estaba de humor para más reverencias. Sólo quería dormir.

Consiguió encontrar su habitación rápidamente, entró, y dejó su maleta donde le vino bien. Casi tambaleándose, avanzó hacia el interior. Sobre la encimera de la cocina había un bol de frutas troceadas.

-¡Vaya! -exclamó analizando el contenido-. Todo un detalle por parte de recepción. Lástima que sólo hayan puesto ésto.

Estaba tan cansado que no notaba el hambre. No pensaba cocinar, pero si la cena estaba preparada, aunque fuera fruta... Mordisqueó un trozo de manzana y continuó con otro de pera.

-No soy una cabra -protestó en voz alta mordiendo una fresa-. Pero está bastante decente. Aunque ya podrían haberse estirado un poco y ponerme algún filete o algo masticable de verdad.

Comió un poco más de fruta y enseguida se cansó.

Esto no es comida para una persona.

Dejó el bol donde lo había encontrado y se fue al sofá. Descansaría un poco antes de ir a dormir. Ni siquiera había visto la habitación, pero ya la vería después. Y no pensaba deshacer la maleta. Ya la desharía al día siguiente.

Se relajó y puso la tele.

Y se quedó dormido. Prácticamente desvanecido. Estaba agotado.

Capítulo 3

Cristina se levantó eufórica y dispuesta a comerse el mundo. Aunque se conformaría con su bol de frutas. Menos mal que ya lo tenía preparado. Se duchó rápidamente y fue a la cocina.

¡Oh! ¡La fruta estaba mordisqueada! Y se habían comido casi la mitad. ¿Qué había pasado?

No había duda. Mientras ella dormía, alguien había entrado en su habitación y se había comido su desayuno.

¡Qué asco!

¿Quién se había atrevido? Eso era una invasión de su espacio. De su intimidad. ¡A saber si había hecho el cerdo comiéndose su fruta. Tiró furiosa el resto del contenido del bol a la basura, y se dirigió al salón.

-¡Ah! -gritó.

¿Quién era ese tipo entrajado que dormía en su sofá? No se había despertado con su grito. Ni siquiera se había movido. ¿Estaba realmente dormido? ¿Y si estaba muerto? Había leído una historia de detectives en la que los malos se deshacían del cadáver colocándolo en una habitación de hotel.

Esperaba que no estuviera muerto. Cristina se acercó de puntillas y con precaución. El hombre respiraba acompasadamente, con la cara semienterrada en el asiento del sofá. Por lo menos no estaba muerto.

¿No sería un delincuente? ¿O un asesino en serie? Se estremeció ante la idea. No tenía mala pinta, con ese traje bien cortado. Pero ¿cómo puñetas había entrado?

Cristina le tocó el hombro con cuidado. No quería despertarlo hasta estar segura de que no era peligroso. Pero no se despertó. Estaba como un tronco.

Ni siquiera cambió su ritmo de respiración.

¿Estaba desvanecido?

Era otra posibilidad. Tenía que llamar a recepción. ¿Y si le había dado algún ataque o algo así? ¿No sería mejor que llamara directamente a una ambulancia? Si había tenido algún ataque, no podía perder tiempo.

Desde luego que ese hombre no pintaba nada en su habitación, pero si estaba enfermo, lo mejor sería que avisara a un médico. Empezó a buscar los números de emergencias que tenía junto al teléfono.

-¿Qué haces aquí? -preguntó una voz adormilada desde el sofá.

El sobresalto hizo que le cayeran al suelo los papeles. Cuando se dio la vuelta no podía creer lo que veía.

El hombre desvanecido, el que dormía profundamente en su sofá, era Carlos. El alcalde.

Se había despertado y la miraba con los ojos entrecerrados, tratando de enfocarla. Estaba tan amodorrado que apenas veía. Por lo menos no daba muestras de haberla reconocido. Pero ella sí que lo reconoció.

Y el asombro hizo que se le abriera la boca involuntariamente. ¿Qué diablos hacía Carlos en su habitación?

-¿Cristina? -preguntó él, tan asombrado como ella. Su cara mostraba tanto pismo, que la situación hubiera resultado cómica si se hubiera tratado de una serie de televisión.

-¿Qué haces *tú* aquí? -preguntó ella a su vez, sin dejarse acobardar.

Su cerebro funcionaba a toda velocidad. La presencia de Carlos en su habitación no era normal y Cristina empezó a preocuparse. Ese hombre no tenía porque estar allí. Al fin y al cabo, era el alcalde. ¿Qué pintaba en su habitación?

¡Mi desayuno!

Cuando recordó su magnífico desayuno se enfureció de nuevo. Lo peor no era que el alcalde estuviera en su habitación, no. Lo peor era que el alcalde se había comido su desayuno.

Aunque tampoco le hacía ninguna gracia que estuviera tan tranquilo en su sofá. Ese hombre tenía mucho poder. Era peligroso tenerlo en su habitación. ¿Por qué estaba allí? Podía tratarse de algo serio. ¿Y si la estaba acosando? Había oído historias escalofriantes sobre acoso de peces gordos que se creían

con derecho a todo.

-Yo estoy en mi habitación -dijo él con toda su calma-. Tú eres la que tienes que darme las explicaciones.

-¡Qué morro! -dijo ella, convencida de que tenía la razón-. Sabes perfectamente que es mi habitación. ¿Cómo has entrado?

-Si no sales ahora mismo -dijo él perdiendo la paciencia-, llamaré a recepción. Y tu reputación quedará por los suelos -sonrió con suficiencia-. No quieres eso, ¿verdad? No querrás que se sepa que has pasado la noche conmigo. Con el alcalde.

Carlos ya estaba despierto del todo y su sonrisa, además de divertida, era desafiante. Pretendía hacer valer sus derechos a toda costa. ¿Qué derechos? La habitación era suya. Se la dieron ayer.

-No he pasado la noche contigo -dijo ella tranquilamente-. Yo llegué primero. En todo caso, tú has pasado la noche conmigo. No querrás que tus votantes sepan eso, ¿verdad? -sonrió también- Que has pasado la noche con una activista provocadora. Eso no sería bueno para ti.

No podía perder el tiempo. Tenía que bajar a recepción enseguida.

* * *

Cristina no tardó ni cinco minutos en vestirse, pero cuando llegó a recepción, Carlos ya estaba allí. Pidiendo, mejor dicho, exigiendo, que ella saliera de su habitación.

-Lo siento muchísimo, señor alcalde -decía el gerente-. Ha habido un error. Alguien le asignó la misma habitación que a una señorita que venía del otro hotel. El del incendio.

-Pues arréglenlo -exigió Carlos-. Ahora.

El gerente, un hombre de mediana edad, altura media y aspecto anodino, hizo como dos o tres reverencias antes de contestar.

-Lo malo es que en estos momentos no nos quedan habitaciones libres -dijo consultando los datos de ocupación-. Estamos llenos -sonrió servil-, pero no se preocupe. Esa señorita saldrá de su habitación enseguida.

-De eso nada -interrumpió Cristina-. Yo la ocupé primero. Es mía. Él es quien tiene que salir.

Cristina se cruzó de brazos frente al gerente. No estaba dispuesta a que se deshicieran de ella con tanta facilidad. Ni hablar. Ella ya había tenido que

salir del otro hotel y no se iría de éste.

-No se inquiete, señorita -dijo el gerente frotándose nervioso las manos y agachando la cabeza-. Ha sido un error nuestro y no le cobraremos nada por su estancia. Nosotros nos encargaremos de conseguirle una buena habitación en el Calíope. Es un buen hotel, con buen servicio. Y la habitación sería mejor. Y sólo sería un día -consultó de nuevo el ordenador-, hasta que se nos vacíe otra suite.

-¡El Calíope está a más de treinta kilómetros! -protestó Cristina.

-Es el hotel más cercano de esta categoría -dijo el gerente-. Le puedo asegurar que quedará contenta con el cambio.

-Pues que se cambie él -Cristina señaló a Carlos-. Si tan buena es la oferta, que se vaya él. Seguro que no le importará.

-No lo entiendes -dijo Carlos-. Yo necesito estar aquí.

-Y yo también -dijo Cristina dando media vuelta-. Me voy a mi habitación. Tengo cosas que hacer.

Tenía que ducharse y vestirse. Y no podía hacerlo si Carlos estaba a unos metros. No era una buena idea que ese hombre estuviera cerca mientras ella se duchaba. Al fin y al cabo, no era de piedra.

¡Huy! Que cosas se me ocurren.

A pesar de la situación, no pudo evitar reírse por el camino. Claro que no era de piedra, pero también estaba segura de que su integridad moral no corría ningún peligro ante un político. Aunque por si acaso, y para evitar tentaciones innecesarias, antes de meterse en la ducha colocó unos topes antirrobo en la puerta de la suite. Y después pasó el pestillo.

Por si se le ocurre volver.

Así estaría segura. Era mejor no correr riesgos. Se sonrió para si misma y entonces sí, se metió en la ducha. Sonriendo como una adolescente traviesa.

Se cabreará. Estoy segura de que se va a coger un mosqueo...

Su risa cantarina resonó en el baño mientras caía el agua. ¡Qué narices! Era su habitación. Vale que en recepción se habían equivocado, pero que se fuera él. Al fin y al cabo, él había llegado después.

Capítulo 4

-¡Abre de una puñetera vez! -exigió Carlos aporreando la puerta de la habitación-. ¡Abre la maldita puerta!

Había dormido vestido y tenía que ducharse y cambiarse de ropa. Y esa condenada mujer había cerrado por dentro y no podía abrir con su llave. Había pasado el pestillo.

Pues se iba a enterar. Bajó de nuevo a recepción para que le abrieran con la llave maestra, pero tampoco funcionó. Era imposible entrar. Ni con llave maestra ni de ninguna manera.

¡Y él necesitaba entrar!

Tenía allí su maleta. La noche anterior no pudo ni ponerse el pijama de puro agotamiento. Menos mal, porque si se hubiera metido en la cama... allí estaba Cristina. Y se hubiera encontrado con ella... El cabreo se mezcló con otro sentimiento extraño e inexplicable que no quiso pararse a analizar. No podía pensar esas cosas. Tenía que entrar. Como fuera. Todas sus cosas estaban dentro.

Siguió aporreando la puerta hasta que finalmente Cristina la abrió, sonriente, perfectamente vestida y preparada para acudir a la protesta. En su mano derecha llevaba un megáfono.

-Es *mi* habitación -Cristina sonrió con satisfacción, como si no pasara nada, o como si fuera algo divertido-. Y tenía que ducharme. Como comprenderás, no podía ducharme tranquila estando tú por el medio.

Lo miró con sus ojos azules, intentando aparentar inocencia, pero con una chispa de humor tan evidente, que Carlos empezó a sonreír también.

Pensándolo bien, la situación no dejaba de tener su gracia. Hasta que Cristina abrió la puerta del todo y guardó los topes en su bolso. Cuando vio esos

topes, los que habían impedido abrir con la llave maestra, Carlos volvió a sulfurarse.

-Si te fueras al otro hotel, tal como te han propuesto en la recepción -gruñó-, no tendrías ese problema. Yo necesito entrar. Tengo mis cosas aquí.

-Pues ya puedes pasar -dijo ella tranquilamente hablando por el megáfono-, que yo me voy. Tengo que acudir a una protesta, ¿sabes? ¡Ah! Y recuerda que tienes que recoger tus cosas. El armario lo he ocupado yo, porque como esta habitación es la mía...

Cristina se dirigió hacia el ascensor enarbolando el megáfono como si se tratara de una bandera.

Sin hacer caso del comentario y casi sin mirarla, Carlos entró en la suite y se dirigió rápidamente hacia el baño. Tenía el tiempo justo para darse una ducha y cambiarse de ropa. Los malditos manifestantes estarían preparados ya cuando él llegara.

Una vez duchado, se dirigió refunfuñando hacia su maleta, que con el ajetreo de la noche anterior y la mañanita que llevaba, aún no había podido deshacer. Empezó a rebuscar la ropa que se pondría ese día, pero paró en seco cuando se le ocurrió una idea maquiavélica. Sonrió. Con una sonrisa alegre y despiadada a la vez.

Esa no se la espera. Seguro que no se imagina algo así.

Sonriendo todavía, sacó del armario toda la ropa de Cristina y la colocó cuidadosamente en la maleta que ella había guardado en el altillo. La colocó bien doblada y ordenada. No quería que ella se quejara de que se le había arrugado algún modelito. Porque sorprendentemente, y para tratarse de una agitadora social, Cristina vestía muy bien. Tenía elegancia y estilo.

¡Bah! Descartó la idea con un gesto. No debía pensar eso. Él era el alcalde y ella una activista protestona y desagradable que no quería entender las cosas. Daba igual lo buena que estuviera o lo elegante que fuera. Estaba empeñada en amargarle la vida. Pero él no se lo permitiría. Tarde o temprano pondría remedio.

Con una risita de suficiencia, Carlos empezó a colocar su propia ropa en el armario, procurando dejar su ropa interior bien a la vista. Para que sus calzoncillos fueran lo primero que viera Cristina en cuanto abriera la puerta. Antes de ir a los terrenos de la urbanización para controlar lo que hacían los manifestantes, dejó la maleta de Cristina en la recepción.

Si quería sus cosas, tendría que bajar a por ellas. Carlos seguía sonriendo cuando dejó la maleta sobre el mostrador.

Y si ya tenía la maleta hecha, no le costaría nada cambiarse de hotel. Él incluso estaba dispuesto a llevarla hasta allí.

* * *

Ese día fue una pérdida de tiempo para todos. Las excavadoras no pudieron acudir a la zona de la urbanización por problemas técnicos, que esperaban solucionar en unos días.

Al regresar al hotel por la tarde, Carlos encontró a Cristina, muy enfadada, hablando, o mejor dicho, discutiendo, con un desbordado gerente.

-Hemos tenido suerte -decía el gerente-. Se ha vaciado una suite en la quinta planta, con acceso a la terraza principal, la que incluye la piscina cubierta-. He conseguido reservarla para usted -añadió con una sonrisa servil.

-Si tan buena es -dijo Cristina cogiendo la maleta que acababan de entregarle-, que se la quede él. Yo ya tengo la mía.

El pobre gerente vio entrar a Carlos y se dirigió hacia él con una sonrisa de circunstancias. El alcalde negó con la cabeza.

-Perdona -dijo a Cristina-, pero esa habitación es la mía. Yo la reservé primero.

-Perdona tú, pero yo la ocupé primero. A mí me trasladaron del otro hotel.

El gerente se desesperaba por momentos. Les ofreció la estancia gratis a cualquiera de los dos que cediera la suite, pero él no tenía por qué irse. Ella debía hacerlo. Pero a esa mujer le faltaba un tornillo. Seguro.

-¡Por fin lo encuentro! -Carmen apareció repentinamente con una carpeta- No sabía dónde estaba. Tiene que firmar unos papeles.

¡La que faltaba!

No tenía humor para ver a Carmen. Y mucho menos para tolerar que quisiera quedarse allí. Porque por alguna razón, su secretaria intentaba llevárselo hacia el ascensor. ¿Quería que fueran a su habitación? No podía ser. No podía hacerla pasar a su habitación. Si Cristina seguía fastidiándolo, entraría en cualquier momento y Carmen sacaría conclusiones equivocadas.

-Hola Carmen -saludó Cristina-. Hace tiempo que no coincidíamos.

¿Se conocían? Carmen intentó ignorar el saludo y miró hacia otro lado, pero

Cristina no se rendía con facilidad.

-¿Te acuerdas de mi? -preguntó con un ligerísimo sarcasmo.

Carlos las miraba mudo de asombro.

-Claro -contestó Carmen mirándola con suficiencia-. ¿Te hospedas aquí?

En efecto, todo indicaba que se conocían. Y que no se llevaban bien. Carmen miraba a Cristina con ¿odio? No estaba seguro.

-Me extraña que una activista tan diligente, quiera alojarse en un hotel como éste. ¿No crees?

-Pues me encanta este sitio. Mi habitación es un sueño. Lástima que tenga parásitos. Un parásito en realidad. Pero espero librarme de él muy pronto. Y tú, ¿también te alojas aquí? No te había visto hasta ahora.

-No, de momento no me alojo aquí -miró a Carlos con una admiración que despertó una sonrisa en Cristina-. Sólo he venido a que el alcalde me firme unos documentos. Ahora soy su secretaria.

-¡Ah! Pues enhorabuena. Te cuadra mucho ese puesto. Seguro que asciendes. Mientras las dos chicas hablaban, Carlos consiguió una sala para poder firmar tranquilamente los documentos que llevaba Carmen. Porque no pensaba ni de lejos subirla a su habitación. Tampoco lo hubiera hecho si no estuviera Cristina.

Carmen y él se dirigían hacia la sala, cuando apareció el director en persona. El peor momento para disculparse o para hacerle la pelota.

-No sabe usted, señor alcalde, lo que deploramos este malentendido -dijo el director compungido-. Lamentamos enormemente que hayan tenido ustedes que compartir la habitación esta noche.

Carmen levantó la cabeza como con un resorte y miró a Cristina sorprendida. Después a Carlos. Como él se adelantó hacia la sala, Carmen se dirigió a Cristina.

-¿Que habéis pasado la noche juntos?

Carlos no oyó si Cristina le contestó algo y continuó andando. Carmen lo siguió enfurruñada.

Capítulo 5

No se librarían de ella tan fácilmente. Aunque le ofrecieran una habitación de ensueño. Ni hablar. *Esa* era su habitación y no se movería de allí. A pesar de que la otra fuera cien veces mejor. Bueno, cien veces, no. Pero indudablemente era bastante mejor. Hasta tenía un jacuzzi en la terraza privada. Pero ella se quedaría en la suya y listo. La otra era más lujosa y más adecuada para el alcalde.

Que se fuera él. Cristina resopló. Carlos había tenido la osadía de hacerle la maleta y dejarla en recepción. ¿Cómo se había atrevido? Bufó y gruñó en voz alta.

Mientras Carlos firmaba los documentos que le llevaba Carmen, Cristina abrió el armario para volver a colocar su ropa y algo cayó al suelo. Cristina se agachó mecánicamente para recogerlo, y...

¡Ah! Lo soltó como si quemara. ¡Unos calzoncillos!

¡Eran unos calzoncillos! ¿Cómo se atrevía ese tío a colocar unos calzoncillos en *su* armario? Eso terminó de enfurecerla. Sacó la maleta de Carlos y colocó su ropa dentro. Incluyendo los calzoncillos. Y con cuidado de no arrugarla, para que no pudiera quejarse. Después colocó la suya en el armario. Luego bajaría la maleta a recepción. Igual que había hecho él.

Llamaron a la puerta. ¿Sería él? No. Él tenía llave. Se acercó con cuidado y miró por la mirilla. Era el conserje.

-Han traído una botella de cava para el señor alcalde -explicó el joven.

La botella estaba rodeada de hielo, en un precioso cubo: metálico por el interior y de metacrilato por el exterior. El conserje la colocó sobre la mesa, dejó también dos copas y la tarjeta que la acompañaba. Después se fue sonriendo.

Cristina no entendió por qué sonreía. ¿Qué pasaba? ¿Carlos y ella se habían convertido en un espectáculo?

Eso le resultaba extraño y molesto. Ella era una chica discreta. Sólo era conocida por sus artículos periodísticos y su activismo. En su vida personal no le gustaba llamar la atención. Miró pensativa la botella de cava.

¿Quién la envía?

La nota estaba en un sobre cerrado y no la podía leer. No era correcto abrirla. Pero aunque siempre le habían enseñado que no era correcto leer una nota dirigida a otra persona, su ética sí que le permitía abrir la botella de cava sin problemas de conciencia. Se serviría una copa. O dos. O tal vez tres.

Pequeñas, claro. Tampoco era necesario emborracharse. Con tal de que el alcalde se encontrara la botella medio vacía, era suficiente. El tapón salió con facilidad y Cristina llenó su copa.

-Ésto es por haberte comido mi desayuno de ayer -lanzó un brindis al aire y se la bebió de un trago.

El cava era bueno. Estaba fresquito y entraba bien. Se sirvió la segunda copa y pronto empezó a notar los efectos. No estaba acostumbrada a beber alcohol. ¡Ojalá que sus amigas, Teresa y Andrea, estuvieran con ella! Entre las tres hubieran acabado con el cava. Ella sola no podría, aunque un par de copitas más no le harían daño.

¡Huy! Ahí llega.

Le dio la risa floja y se tapó la boca con las dos manos. ¿Qué diría Carlos cuando viera que se había bebido su cava?

El joven entró en silencio y se quedó mirándola desde la puerta. Sin hablar. ¿Estaba enfadado? Ella quería que lo estuviera, pero no podía aguantar la risa.

Carlos entró despacio, prudente, calibrando la situación. Estaba guapo. Sin duda que lo estaba. ¡Lástima que fuera el alcalde! Pero era un alcalde guapísimo.

Lo miró atentamente y confirmó lo que ya pensaba. Debería ser ilegal que un alcalde fuera tan atractivo.

Los alcaldes que permitían la degradación del medio ambiente deberían ser feos y con muchos michelines.

-¿Por qué los chicos guapos sois siempre tan capullos? -preguntó Cristina

como si fuera algo obvio. El alcohol había disminuido sus filtros cerebrales y decía lo que le pasaba por la cabeza. Con sinceridad.

-¿Te parezco guapo? -preguntó él con una sonrisa- ¿En serio?

Cristina afirmó con la cabeza.

-Y capullo. Pero serías sólo guapo si no tuvieras ese defecto.

-¿Qué defecto? -preguntó él siguiéndole el juego.

-No conozco a ningún chico realmente guapo, que no tenga algún defecto gordo. Y no me refiero a uno de esos que se creen guapos, con su greñita sobre el ojo -rió con ganas su propia descripción-. No, me refiero a los guapos de verdad. Como tú. Esos siempre esconden algo.

-No te entiendo. Explícamelo mejor -Carlos sonreía.

Cristina no escuchaba. Seguía su propio discurso.

-Quitando los mirlos blancos de mis amigas, claro. Ellas han tenido suerte. Sus maridos son bastante guapos y no tienen grandes defectos.

Volvió a levantar su copa en un brindis privado y silencioso.

-Al menos que yo sepa.

-Estás muy rara -dijo Carlos mirando a su alrededor-. ¿Te pasa algo?

-Tu defecto es que eres el alcalde -pronunció *alcalde* como si fuera un insulto o una enfermedad contagiosa-. Es una pena -suspiró-. Eso es un gran defecto.

Volvió a levantar su copa. Cada vez que brindaba, el contenido de su copa disminuía.

-¿Cuánto has bebido? -preguntó él quitándosela.

-¡Oh! No sé -contestó ella-. Tal vez una o dos copitas. ¡Eh! Devuélvemela.

-Ya has bebido bastante.

Carlos retiró el cava y mantuvo la copa en su mano.

-¡Está muy bueno! -protestó Cristina, intentando recuperar su copa pero haciendo eses cuando se acercaba a él- El cava ¿eh? -dijo intentando en vano coger la copa.

De nuevo le dio la risa floja.

-Bueno -dijo después mirándolo a la cara-, no sólo el cava.

¿Había dicho eso en voz alta? Uff, probablemente, sí. En fin, daba igual. Era verdad que Carlos estaba bueno. Y él ya debía de saberlo. Lo importante en

ese momento era recuperar su copa.

Desgraciadamente Carlos, era más alto y ella no llegaba. Alargó la mano todo lo que pudo, y a partir de ahí, los recuerdos de Cristina quedaron un poco neblinosos. Confundiendo sueño y realidad.

* * *

A media noche se despertó acalorada y sedienta. Se llevó las manos a la cabeza.

Esto es lo que suelen llamar una maldita resaca.

Por suerte ya estaba completamente sobria. En su cama. Sola. Menos mal, porque después de beberse el cava, había tenido ciertos pensamientos respecto a Carlos...

Se llevó la mano a la cabeza, en parte por el dolor y en parte por la vergüenza. Le había dicho que estaba bueno. O algo parecido. De eso se acordaba. Aunque de otras cosas no estaba tan segura. ¿Lo había besado?

¡No, por favor! Que no haya hecho eso.

Pero recordaba entre lagunas mentales que sí, que lo había besado. ¡Y que se había hecho un selfie con él mientras lo besaba!

Se sonrojó violentamente. Tenía que saberlo. Tenía que estar segura. Se levantó de prisa y buscó su teléfono. ¡Horror! Ahí estaba la foto. Sí que lo había besado. ¡Glups!

Seguía sedienta, y la evidencia de lo que había hecho todavía le produjo más sed. Necesitaba beber. Ya pensaría en algo después. Se puso las zapatillas y fue tambaleándose hacia la cocina.

Al pasar por el salón vio a Carlos dormido en el sofá, tapado con una manta. Estaba tranquilo. Sin refunfuñar ni nada. Al menos no se había aprovechado de su debilidad, y se había comportado como un caballero. Eso había estado bien. Al menos era honrado en ese aspecto.

Carlos respiraba rítmicamente. Estaba muy guapo y Cristina tuvo la tentación de mirarlo de cerca. Igual era que todavía le duraba el efecto del cava, pero no pudo resistirse.

Se acercó de puntillitas y lo miró a la cara. Guapísimo. Estaba demasiado atractivo como para tenerlo cerca y no mirarlo. Y si estaba dormido, mejor que mejor. Podría admirarlo a su antojo. ¡Qué pena! Qué lástima que un hombre como él, inteligente, bien educado y guapo, fuera político. Los

políticos no eran fiables. A ella no le gustaban.

Pero era peor todavía que fuera el alcalde, el que había autorizado el bodrio. Eso lo convertía en la peor clase de político. Un político que no tenía en cuenta el bienestar futuro de la gente, era un mal político.

Movió la cabeza negando. Un hombre tan válido debería de estar de su lado, no del lado del enemigo. Vaya, Cristina se llevó la mano al corazón, esa barba incipiente le quedaba de infarto. Claro, era porque por la mañana no se había afeitado. Cristina sonrió. Entre unas cosas y otras, no le había dado tiempo de afeitarse. Pero estaba mucho más atractivo con esos pelillos faciales, que recién afeitado.

Aprovechando la ventaja de que estaba completamente dormido, quiso ver qué tipo de pijama llevaba. Sólo como curiosidad, naturalmente. No era nada más que simple curiosidad. Quería saber algo del hombre a través del pijama. Así que, ya que estaba como un tronco..., levantó la manta que lo cubría.

Humm..., vaya. Pantalón corto.

Pudo comprobar por sí misma que, en pijama, Carlos estaba de lo más sexi. El pantalón corto dejaba sus piernas al descubierto, y la camiseta de manga corta permitía ver sus brazos.

Cristina sintió un nudo en el estómago que le impedía respirar. Quería alejarse de ese hombre, pero no podía. ¿Qué estaba haciendo? Era su enemigo, no un tío sexi. Pero siguió mirando su cuerpo tranquilamente, analizando su estructura ósea, su musculatura... Al fin y al cabo, él estaba dormido y no lo sabría nunca.

-¿Ya has visto bastante? -preguntó Carlos abriendo los ojos de repente.

¡Mierda!

Cristina dio un salto hacia atrás. ¡Estaba despierto! ¡El miserable insecto despreciable estaba fingiendo que dormía para ponerla en evidencia!

-Esto... Es que me pareció que había un bicho -Cristina no sabía qué decir.

Bicho era él. Un bicho repelente.

-¿Y te ha gustado lo que has visto? -preguntó Carlos con una extraña sonrisa, entre curiosa e insegura- Parecías bastante interesada. En el bicho, supongo.

-Vete a la porra -dijo Cristina dándose la vuelta y volviendo a su habitación a grandes zancadas.

Y cerró la puerta de un portazo. Pero aún pudo oír la risita de Carlos. El

gusano se burlaba de ella.

Capítulo 6

A pesar del jaleo que estaban montando los manifestantes en la zona de la urbanización, Carlos no podía abandonar sus funciones como alcalde y acudía diariamente a su despacho. Una hora de ida y otra de vuelta, pero él tenía que continuar en la zona de Salitre. No podía dejar de vigilar en persona a esos activistas, empeñados en no dejar construir la mejor urbanización de la ciudad. Pero tampoco podía descuidar sus otros deberes como alcalde.

Cuando esa mañana llegó a su despacho, se encontró con su equipo de ayudantes y asesores en la puerta. No podían entrar.

-¿Qué pasa? -preguntó mosqueado- ¿Por qué no estáis dentro?

-Silicona -dijo Nacho, su asesor de imagen-. Alguien ha colocado silicona en la cerradura de tu despacho.

-¿Cuándo? -preguntó Carlos.

Nadie lo sabía. ¿Quién había podido hacer algo así? Le costaba creer que alguien hubiera podido hacer una cosa tan infantil.

-¿Ayer estaba todo bien? -preguntó.

-Yo me fui a las diez y sí, estaba todo bien -dijo Nacho.

-Y yo he venido esta mañana a las nueve -dijo Carmen-, y ya estaba así. No he podido entrar.

-Entonces está claro -dijo Nacho-. Alguien vino después de las diez de la noche de ayer, y antes de las nueve de la mañana de hoy. La puerta del ayuntamiento la cerraron cuando yo me fui. Y la han abierto a las siete y media. He preguntado.

-Pues quién fuera que haya sido -dijo Carmen-, y yo tengo una idea bastante clara de quién, ha venido entre las siete y media y las nueve.

-Las cámaras de seguridad están estropeadas -se lamentó Carlos-. No le hemos dado publicidad, pero no podremos revisarlas. No funcionan. Tendrían que investigar. Pero no era el momento. Lo más urgente era poder entrar en el despacho.

-¿Alguien ha avisado a los de mantenimiento? -preguntó Carlos.

Eso era un desastre. Él tenía el tiempo justo para solucionar lo más urgente y no podía entretenerse en tonterías. Tenía que acudir a controlar a los manifestantes. Si no podía confiar en su equipo para solucionar los problemas cuando él no estaba, no podrían conseguir nada.

-Los de mantenimiento vendrán en unos minutos -dijo Carmen-. Siento que haya pasado ésto -añadió poniendo cara de circunstancias.

A Carlos le molestaba enormemente que Carmen intentara congraciarse como fuera.

-Tranquila, usted no tiene la culpa -dijo sobreponiéndose a su incomodidad-. La culpa es de quién ha hecho ésto.

-Ha sido ella -dijo Carmen arrugando la nariz y poniendo cara de asco-. La activista ésa -Carmen no podía disimular su antipatía-. Estoy segura de que ha sido ella. Habrá venido a primera hora para boicotearlo.

No. Carlos sabía que Cristina no había podido ser. Primero, porque Cristina plantaba cara sin miedo a lo que fuera que no le parecía bien. No hacía las cosas a traición. Y segundo, porque a esa hora estaba durmiendo la resaca.

Porque estaba seguro de que tenía una resaca monumental. Sonrió al recordar el selfie que les hizo a ambos cuando lo besó. Tenía que pedirle una copia. Una foto así no se consigue todos los días. Y eso que le costó horrores mantener la calma y no seguirle el juego.

El recuerdo de Cristina con el cava le provocó un zarpazo en el estómago que hizo que tuviera que apoyarse en la pared para no caer. Cristina estaba increíblemente sexi cuando lo besó, y Carlos tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no llevarla a la cama en ese mismo momento.

Pero no hubiera sido correcto. Ella no era consciente de sus actos. Y él quería hacer las cosas bien. Si algún día pasaba algo entre ellos, algo físico, y estaba seguro de que pasaría, sería estando los dos perfectamente conscientes. Y a ser posible, cuando la urbanización estuviera ya construida.

Aunque estuvieran enfrentados, Carlos sabía que había química entre ellos.

Sonrió de nuevo, esta vez con humor. Cuando pilló a Cristina espiándolo, se hizo el dormido. Y se sintió agradablemente halagado de que ella lo mirara con tanto descaro. ¿Halagado? No. No era sólo eso. Deseaba gustarle. Después del alarde de honradez que tuvo que hacer por la tarde, cuando ella estaba achispada y lo besó, por lo menos deseaba que ella también se sintiera atraída. Era lo justo.

Carmen carraspeó y lo devolvió a la realidad. Tenía que convencerles de que buscaran a otro culpable. Cristina no había sido. Para salir de la suite, tenía que pasar por delante del sofá en el que dormía él, y la hubiera oído. Tenía el sueño ligero.

-No ha sido ella. Habrá sido algún otro activista malintencionado -propuso en cambio-. De esos que no admiten la derrota.

-Pues eso -dijo Carmen mostrando las palmas de las manos y afirmando con la cabeza-. Ha sido ella.

-Supongo que Carmen tiene razón -dijo Nacho-. Ha tenido que ser alguien que tenga algo contra ti. Y la de Ecomovie debe de estar furiosa.

-No. Cristina no ha sido -insistió Carlos.

No podía consentir que la acusaran de haber hecho una niñería semejante. ¿Cómo hacerles entender que ella hacía y decía las cosas de frente y no por la espalda?

-Estoy seguro de que no ha sido -afirmó después.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó Nacho- De acuerdo con los últimos acontecimientos, es la más probable.

Carlos estaba en un aprieto. No podía decirles que era testigo directo de que ella no había tenido ocasión de hacer eso. No sin explicarles que habían pasado la noche en la misma habitación. En realidad, ya habían pasado dos noches en la misma habitación. Demasiado difícil de justificar.

-¿Qué pasó al final con la suite? -preguntó Carmen levantando la cabeza- ¿Se quedó esa activista en el mismo hotel que usted? ¿O consiguieron echarla a otro lugar? No es bueno para un hotel tener a esa gente alojada allí.

Carmen nunca se refería a Cristina por su nombre. Y eso que lo sabía de sobra. Se conocían de antes. Carmen le dijo mientras firmaba los papeles que coincidieron en alguna clase de la universidad. Pero prefería aparentar que no la conocía.

-Pues sí, sigue estando en el Cástor -dijo Carlos mirando al fondo del pasillo por si venían los de mantenimiento. Estaba muy incómodo. No podía justificar a Cristina sin delatarla al mismo tiempo.

-Esa noche la habían pasado juntos, ¿no? -Carmen dejó caer el comentario con toda la mala intención.

-Esa noche hubo un error -dijo Carlos a punto de perder la paciencia-. Usted lo sabe de sobra. Fue usted quien hizo la reserva. Por cierto -intentó devolverle la pelota-, ¿por qué no pidió el número de la habitación como siempre? Así hubiera podido tener un justificante.

La llegada del encargado de mantenimiento los mantuvo en silencio hasta que consiguieron entrar. Una vez en el interior del despacho, y antes de dirigirse cada uno a sus propias dependencias, Nacho se acercó a Carlos, que estaba colocando unos informes sobre su mesa.

-¿En serio pasasteis la noche juntos? -preguntó Nacho en voz baja con admiración. No juzgaba, ni condenaba, sólo sonreía con asombro.

-No, no pasamos la noche *juntos* -protestó Carlos, dándose la vuelta y casi a punto de explotar-. Por lo menos no así como te imaginas. Pero sí que ocupamos la misma suite. Ella en la habitación y yo en el sofá. Y ni siquiera sabíamos que había otra persona allí.

Finalmente Carlos tuvo que admitir ante Nacho que Cristina no había puesto la silicona, porque a esas horas de la mañana estaba con él. Bueno, no *con él de esa forma*, pero que estaba durmiendo en la habitación de la suite. Que no salió para nada.

-Esa mujer es una cabezota y no quiere dejar la habitación. Cuando yo he salido para venir aquí, ella se ha quedado desayunando.

-Para coger fuerzas antes de venir a tocarnos las narices -dijo Carmen, que había aparecido como de la nada.

Carlos sintió que un escalofrío de pánico le recorría la espalda. ¿Había estado escuchando? ¿Para qué? ¿Era posible que Carmen, una chica guapa y atractiva, estuviera interesada en su persona? En algún momento le había parecido que sí, y había procurado dejarle las cosas claras sin ser un maleducado, pero cada vez estaba más envalentonada.

-Esa mujer -dijo Carmen marcando de nuevo distancias con Cristina-, es malvada y poco solidaria.

-¿Por qué dice eso?

-Se niega a que construyan hogares para los jóvenes y para la gente sin recursos. ¡Claro, como ella gana una pasta con sus artículos!

¿Artículos? ¿Cristina era periodista además activista? El recuerdo del selfie cuando lo besó espontáneamente hizo que su cara palidiera de repente, pero se tranquilizó enseguida. Cristina era una mujer con principios y nunca utilizaría una foto semejante. ¿Seguro? No estaba seguro del todo, pero casi.

* * *

Carlos estaba deseando terminar con lo más urgente para ir a Salitre. No se fiaba de los manifestantes y quería controlarlos todo lo que pudiera.

-¿Recuerdas que esta noche es la recepción en la embajada norteamericana? - le preguntó Nacho, su sensato y eficiente asesor de imagen.

-¡Vaya! -exclamó Carlos frunciendo el ceño-. No me acordaba. Vaya rollo. No puedo escaquearme, ¿verdad?

No le apetecía nada asistir. No porque fuera exactamente insociable, que no lo era, pero no le gustaban los acontecimientos multitudinarios. Y la recepción en la embajada lo sería. Acudiría demasiada gente para su gusto. Tendría que pasar la velada con un montón de desconocidos que no le importaban lo más mínimo. Sonreiría sin ganas, conversaría de temas abstractos y generales que no le importaban..., en fin, un planazo para la noche.

Además, si no recordaba mal, el presidente del gobierno, Jaime Ruíz Velasco, le había aconsejado que fuera acompañado. Todavía se sorprendía del rápido ascenso de su partido, el PDL, el Partido Demócrata Laborista, que nació hacía solamente tres años. Y esa subida meteórica había catapultado a su candidato a la presidencia del gobierno.

Pero el presidente quería contentar a la oposición, y les pidió tanto a él como al resto de los miembros del partido, que fueran acompañados. Las mujeres debían ir acompañadas de su novio, su marido o un amigo, y los hombres debían ir con su esposa, su novia o una amiga. Y él estaba soltero y sin novia. Encima de todos sus problemas, tenía que buscarse una acompañante para ese mismo día.

Resopló frustrado. No le apetecía nada asistir. Ni buscarse pareja para esa fiesta. Preferiría quedarse en el hotel discutiendo con Cristina. Discutiendo, o lo que fuera. Decididamente prefería quedarse con Cristina.

-¿Puedo pasar? -Carmen estaba en la puerta del despacho, con una sonrisa deslumbrante.

-Adelante -dijo él muy serio. Algo no iba bien.

Carmen entró despacio, decidida, con sus tacones resonando en las baldosas. Peligro. Se había quitado el abrigo y dejaba ver su minifalda. Y sus piernas. ¿Siempre llevaba minifalda? Carlos no lo sabía, porque casi nunca la miraba. Y cuando lo hacía, él sólo veía a su eficiente secretaria. Pero esa vez su sexto sentido se puso en alerta. Carlos estaba seguro de que su secretaria iba a decirle algo que no le gustaría.

Y en efecto, Carmen dijo algo que no le gustó. Se ofreció como su acompañante a la cena de la embajada. Carlos se quedó espantado. No quería ir con ella. Ni quería tampoco que ella se hiciera sus cálculos si permitía que lo acompañara. Definitivamente no podía ir con Carmen.

Pero ¿cómo le diría a una mujer que se desvivía por hacer las cosas bien, que no quería que lo acompañara? Ella se ofrecía con buena voluntad. O al menos, eso parecía. No podía ofenderla.

-¡Oh! -dijo recurriendo a lo primero que se le ocurrió- Es usted muy amable y se lo agradezco. Estaría encantado de que me acompañara.

-Pero... -interrumpió ella sospechando una negativa. Había dejado de sonreír y lo miraba muy seria, casi enfadada.

¿Por qué se enfadaba? En ningún momento le había demostrado que para él, ella fuera algo más que una secretaria competente y capaz.

-Me acompañará una amiga -dijo él.

Ya buscaría alguna. O les preguntaría a sus amigos. Cualquier cosa menos ir con ella.

-Pero gracias igualmente. Ha sido un bonito gesto por su parte. El estar dispuesta a sacrificarse por ayudarme. Porque estoy seguro de que tendrá mejores cosas que hacer que perder el tiempo conmigo.

Tal vez había sido un poco brusco, pero quiso recalcar lo de sacrificarse. Para dejar las cosas claras. Pero mientras Carmen salía ofendida y con la cabeza muy alta, el cerebro de Carlos era un torbellino. Necesitaba una acompañante de confianza. Alguien presentable y que no lo hiciera quedar mal. Alguien agradable y con clase.

Su mente conjuró por su cuenta la imagen de una mujer valiente, decidida y

elegante. Y muy atractiva, además.

¿Cristina?

No. Cristina no servía. Su lado sensato razonaba y discutía con el insensato y no se ponían de acuerdo.

¿Por qué? Es elegante incluso en pijama.

Era verdad. Con un vestido de diseño estaría perfecta. Estaba increíble en la boda de sus amigos. Y en pijama también. Estaba maravillosa de cualquier forma. Hasta recién levantada y sin peinar. Había podido comprobarlo.

Pero no querrá. Está enfadada.

Carlos estaba seguro de que era imposible que ella aceptara algo así.

¿Se lo has preguntado? Pues hasta que no lo hagas, no lo sabrás.

Por lo menos se había librado de Carmen. Esa tarde hablaría con Cristina y le propondría una tregua. Pero no cedería la habitación. Eso nunca. Y por supuesto que tampoco cedería en sus exigencias respecto a la urbanización.

Si aceptaba asistir con él a la cena de la embajada, debía ser sin condiciones.

O por lo menos, sin que la suite y la urbanización fueran la base del trato.

Sería divertido. Un agradable cosquilleo le recorrió la espalda, pero Carlos no quiso reconocer la causa y siguió pensando en la negociación. A lo mejor aceptaba. Al fin y al cabo, lo había besado.

El recuerdo de ese beso lo atravesó de lleno, y Carlos siguió trabajando con una sonrisa. Sabía negociar. Conseguiría que ella lo acompañara.

Capítulo 7

Cristina estaba en la suite maquinando cómo librarse de Carlos. Estaba muerta de la vergüenza por haberlo besado. Y por haberlo espiado en pijama. No podría soportar mirarlo a la cara. Tenía que conseguir que se fuera a la otra habitación. La suite que se había vaciado era mucho mejor, y no entendía por qué él no quería irse.

Claro que ella tampoco quería irse. Pero ella lo hacía por dignidad.

Por suerte, durante la manifestación de la mañana, las excavadoras seguían sin acudir. Y lo mejor fue que él tampoco apareció por allí. De momento, los alcornoques estaban a salvo.

-Un ramo de flores para la señorita -dijo el conserje desde la puerta.

El ramo de rosas era precioso. Dos docenas de rosas rojas. De un rojo fresa intenso y aterciopelado. Su color favorito. Cristina siempre tenía algo rojo fresa. Como el pijama que llevaba esos días.

-¿Para mí? -preguntó Cristina sorprendida, mirando cómo el conserje dejaba el ramo sobre una mesilla- Si nadie sabe que estoy aquí.

En el sobre ponía su nombre, así que sí, eran para ella. ¿Quién se las mandaría? Sacó la tarjeta nerviosa y expectante, y la nota del interior cayó al suelo.

¡Carlos!

¿Carlos?

¿El alcalde le mandaba rosas?

No ponía nada más. Pues que no creyera que por un ramo de rosas iba a cederle la suite. Ni hablar. Para ella ya era una cuestión de dignidad. Era su habitación y no se iría. Aunque él estuviera durmiendo en su sofá todos los días que fuera necesario.

¿O era porque lo había besado y él se había hecho ciertos cálculos? De nuevo Cristina enrojeció de la vergüenza. Pues tampoco hubiera tenido que mandarle flores por eso, porque no pensaba irse a la cama con él.

Aunque tenía que reconocer que sí que lo había pensado en algún momento. Pero eso fue antes de saber que era el alcalde. No podía acostarse con el alcalde. Así que eso quedaba descartado. Por muy atractivo que fuera, era el alcalde que había autorizado ese bodrio de urbanización. Eso era imperdonable.

Pero era un bonito gesto que le mandara flores. Aunque quisiera algo a cambio. Se acercó a oler las rosas. Mmm... Olían muy bien. Un perfume intenso y suave a la vez que la hizo sonreír.

Llamaron de nuevo a la puerta. Esta vez eran dos hombres uniformados y una mujer. Se presentaron como chófer, guardaespaldas y peluquera respectivamente. El guardaespaldas llevaba una enorme caja.

-Vale -dijo Cristina cuando le dijeron sus nombres y su ocupación-, pero ¿qué están haciendo aquí?

Los dos hombres se miraron, y luego, el chófer se decidió a hablar.

-Venimos a recogerla -dijo como si fuera algo obvio.

-¿Recogerme? ¿Para ir dónde?

-Al baile de la embajada, naturalmente.

-Perdonen, pero se han equivocado de sitio. Y de chica. Yo no he de ir a ninguna embajada.

-El señor alcalde nos ha dado esta dirección en persona. Dijo que usted era su acompañante.

¿Carlos había dicho eso? ¿En qué estaba pensando? Cristina no entendía nada. La situación era surrealista.

-Tiene que ponerse ésto -dijo el guardaespaldas entregándole la caja.

-Y Lidia la peinará -añadió el chófer-. Es peluquera. Tiene media hora. Tal vez algo más.

-Vamos -dijo la peluquera-. Tenemos que darnos prisa. También la maquillaré, pero no tenemos mucho tiempo.

Lidia echó a los dos hombres de la habitación, y viendo que Cristina no se movía, se adelantó y empezó a abrir la caja.

-Un envoltorio así, esconde algo bonito -explicaba la peluquera como si Cristina fuera una niña pequeña y enfurruñada.

-Pare. No pienso ponerme lo que sea que haya ahí dentro. Yo nunca llevo nada que no haya elegido yo. ¡Y le repito que no voy a ningún sitio!

-Tiene bolso y zapatos a juego -dijo Lidia sin hacerle caso-. Y bisutería de calidad.

-Me da lo mismo. No quiero ni verlo. Además, seguro que es un vestido de pilingui -si lo había elegido Carlos, seguro que lo sería.

Sonrió recordando a su amiga Teresa, que utilizaba adjetivos del siglo pasado para asustar a la gente.

-¡Que cosas dice usted! -exclamó la peluquera mirándola como si fuera la mujer más rara del mundo.

Cristina se acercó a la caja para impedir que Lidia siguiera intentando sacar el vestido. No se lo pondría y punto. Por fin había captado la atención de la peluquera. Lo de *pilingui* la había impactado. El siguiente paso era echarla. ¡Sólo le faltaba dejarse vestir de furción!

-Que le quede clara una cosa: no pienso ponerme un vestido de pilingui por nada del mundo...

¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué vestido!

Lidia había sacado el vestido y lo exponía ante sus ojos. Cristina lo miraba atónita, con una sonrisa maravillada y dejando de protestar.

-No es de pilingui -dijo Carlos desde la puerta. Había llegado a tiempo de oír sus quejas.

Cristina no lo miró. Ni siquiera lo oyó. Se había quedado como en trance. Desde luego que no era un vestido de pilingui. Era un vestido de cuento de hadas. Un diseño de Armani de alta costura. Precioso. De ensueño. De seda en tono marfil, con pedrería en el escote, en la cintura y en los tirantes. Lo había visto en el escaparate de *Bella Donna* la semana anterior. Y el precio era casi un atraco.

-Te lo he elegido yo mismo, y te aseguro que no pensaba que fuera de pilingui.

Apoyado en el marco de la puerta y vestido de esmoquin, Carlos era como una aparición. Siempre estaba atractivo, pero vestido de etiqueta... Cristina continuaba muda. Ya no tenía muy claro si era por el vestido o por Carlos

con esmoquin, pero seguía sin poder hablar.

-Para la próxima vez -la sonrisa de Carlos era tan sexi que cortaba la respiración-, te puedo mandar un hábito de monja si vas a estar más cómoda.

¡La próxima vez!

¿De qué le hablaba? ¿Y qué estaba pasando?

-Es de tu talla -añadió Carlos con un guiño-. Lo he comprobado.

El muy sinvergüenza había cotilleado su ropa cuando le hizo la maleta. ¡Oh! Cristina se puso furiosa. Momentáneamente. Porque cuando sus ojos se fijaron de nuevo en el vestido..., ninguna mujer podría resistirse a un vestido como ese. Por muy enfadada que estuviera.

-Quería llegar antes para explicártelo -dijo Carlos tranquilamente-, pero me han entretenido y no me ha dado tiempo.

Lidia se metió en el baño para preparar el maquillaje. O para dejarles intimidad.

Cristina lo miró a la cara. Vaya, estaba muy bien ese chico, aunque pusiera su expresión de negociar acuerdos. Porque a esas alturas, ella ya conocía su cara de negociar. Y se notaba claramente que iba a pedirle algo.

-Tengo que pedirte algo -dijo Carlos con una mirada intensa que sorprendió a Cristina.

Ya decía yo. Pues si quiere que me cambie de habitación, se puede quedar él con el vestido. ¡A ver cómo le sienta!

-No voy a cambiarme de habitación -contestó ella. Era mejor dejar las cosas claras cuanto antes-. Ni vamos a ceder en nuestras exigencias respecto a la urbanización. Es un atentado contra el medio ambiente y no nos iremos hasta que se paralice.

Ni con vestido de ensueño ni con nada. Ella era una mujer de principios.

-No es nada de eso. Quiero proponerte una tregua.

-¿Sin que cedamos respecto a *Salitre*?

Carlos afirmó con la cabeza.

-¿Sin que me vaya de esta habitación? ¿Te vas tú?

Carlos hizo un gesto de negación. Naturalmente que no se iba. Era muy cabezota. Pero ella podía ser más cabezona todavía.

-Necesito que me acompañes a una cena -dijo por fin-. En la embajada de los

Estados Unidos.

No estaba invitándola a cenar. No. Le estaba pidiendo que lo acompañara a una cena. ¡En la embajada norteamericana! Era una cena protocolaria. ¿Y quería asistir con ella? Eso era muy raro.

-Es una cena de gala.

-Ya lo suponía. Pero, ¿por qué yo? ¿No temes que te deje en mal lugar? Soy una activista -la sonrisa de Cristina era contagiosa-. ¿No tienes a nadie mejor que pueda ir contigo?

-Pues no. Creo sinceramente que tú harás mejor papel.

Cristina volvió a mirar el vestido. Se debatía entre vivir el momento o mandarlo a la porra.

Con un expresión entre apurada y risueña, Carlos le explicó con sinceridad la propuesta de su secretaria. Y su miedo a que ella tuviera ciertas expectativas.

-Puede que esté siendo demasiado arrogante -dijo Carlos-, y que ella no esté realmente interesada en mi persona, pero prefiero no correr riesgos. Y no conozco a nadie que pueda asumir ese rol de la noche a la mañana. Más bien al revés. Porque la cena es en -miró su reloj-, digamos una hora. Pero necesitamos treinta minutos para llegar.

Cristina miró de nuevo el vestido y se decidió.

-De acuerdo. Te acompañaré. Pero eso no implica que ceda en nada más.

Carlos alargó la mano y Cristina se la estrechó. Tenían un acuerdo.

-Te espero en el vestíbulo -dijo Carlos cerrando la puerta.

Capítulo 8

Carlos miraba alucinado a Cristina. Miraba cómo se movía por la sala, como si hubiera nacido para eso. El joven no salía de su asombro. Sabía que era una chica educada y bien preparada, que podría asistir a una cena de gala sin dejarlo en ridículo. Pero lo que no esperaba era que brillara.

Porque Cristina estaba siendo la reina del baile. Embajadores, alcaldes y diplomáticos se disputaban sacarla a bailar. Y ella accedía. Y entre baile y baile, eran las señoras las que rivalizaban por su compañía y su conversación. Ella atendía a unos y a otras sin perder su sonrisa y sin demostrar el menor signo de agotamiento.

Había elegido bien el vestido. Era de su talla. Pero era Cristina la que mejoraba la ropa de diseño, y no al revés. Estaba increíble. Cuando bailaba, le vuelo de la falda la convertía en un hada. O en una princesa.

Se estaba poniendo tonto. El agradecimiento porque lo hubiera acompañado le hacía pensar tonterías.

¿Seguro que era eso?

-Esa chica es maravillosa -Jaime Ruíz Velasco, el presidente del gobierno, también presidente del partido, se acercó con una copa-. No se dónde la has encontrado, pero deberías casarte con ella cuanto antes. ¡Habla idiomas! No es frecuente encontrar gente joven con esa educación. Esa chica ha nacido para la política.

-Cierto -aceptó Carlos.

No quiso explicarle que había muchas formas de dedicarse a la política, y que la que había elegido Cristina no era la que más le gustaría a Jaime. Pero sí, Cristina estaba siendo encantadora. Aunque no siempre era así. Y a él le constaba. Y si el presidente supiera que esa chica tan encantadora y tan

preparada, era la representante de Ecomonie y la activista principal en el boicot a *Salitre...*, Carlos sonrió. Entonces seguro que ya no le parecería tan maravillosa.

-Con una mujer como ella -recalcó Jaime-, tu carrera política estaría asegurada. Podrías llegar muy alto.

Él no quería llegar alto en política. Él quería hacer algo bueno por la gente, y luego dedicarse a su trabajo.

-Cuanto más alto estás -el presidente sabía lo que Carlos pensaba-, más cosas puedes hacer. Buenas y malas. Un hombre como tú las haría buenas. Y eso mejoraría la vida de las personas. Piénsalo -dijo dándole unos golpecitos en la espalda-. Yo me retiro al final de la legislatura, y sabes que confío en la gente joven.

Ese discurso lo dejó boquiabierto. ¿En serio Jaime confiaba en él hasta ese punto? Si no había entendido mal, le estaba proponiendo que fuera su sucesor. Aunque tendría que pasar por las primarias, claro. Pero igualmente era muy halagador contar con el apoyo del presidente. A pesar de que sus aspiraciones políticas no llegaran tan alto.

Sonrió cuando vio que su adversario a la alcaldía por el partido ultraconservador, José Luis Álvarez Herrero, bailaba feliz con Cristina. ¡Si él supiera! Ese hombre, ese anciano en realidad, era un verdadero ogro. El azote de la gente joven. Vaya, mientras bailaba con Cristina parecía comportarse. Incluso estaba siendo amable. Nunca lo había visto sonreír. Pensándolo bien, tampoco lo había visto nunca bailar.

José Luis Álvarez no le había perdonado que los votantes lo hubieran elegido a él. Ni que hubiera sido por abrumadora mayoría.

Pero Carlos iba de sorpresa en sorpresa, porque un rato después Cristina conversaba amistosamente con el embajador de Alemania y con su esposa. Había conseguido que el matrimonio, que una hora antes se mostraba aburrido y con ganas de retirarse, se relajara e incluso que se divirtiera. Y le constaba que sólo hablaban alemán. Esa chica era admirable.

Estaba cada vez más sorprendido. No sabía que Cristina hablaba varios idiomas. Pero a lo largo de la noche, Carlos comprobó admirado, que hablaba inglés, francés y alemán con fluidez. Si hubiera meditado la elección de su acompañante durante un año entero, no podría haber elegido mejor.

¡Estaba hablando con cuatro señoras a la vez en cuatro idiomas diferentes!

Con naturalidad. Como si no le costara ningún esfuerzo. Las cuatro señoras, las esposas de los embajadores de Francia, Alemania, Argentina y Gran Bretaña, todas entre cincuenta y sesenta años, inmediatamente simpatizaron entre sí y con esa maravillosa jovencita que les podía traducir sus conversaciones.

¿Era por eso que sus maridos se acercaron a hablar con él? Si hubiera tenido aspiraciones políticas serias, una mujer así le hubiera abierto muchas puertas.

¡Ah! Había olvidado que era una activista. No pudo evitar una sonrisa. Una activista no le abriría puertas. Se las cerraría de un portazo en las narices.

Seguía sonriendo cuando sus ojos establecieron contacto visual con ella. Había llegado el momento de rescatarla. No demostraba lo cansada que estaba, pero había algo en su sonrisa... Empezaba a conocerla. Estaba cansada. Era capaz de simultanear una conversación en cuatro idiomas, pero debía de estar agotada.

Empezaba a sonar un vals. La sacaría a bailar y le daría un respiro.

Cuando la tomó del brazo, las cuatro señoras, que no hablaban el mismo idioma, se entendieron perfectamente. Intercambiaron miradas astutas y no necesitaron hablar para animarlos a que bailaran. Y las sonrisas que acompañaron a sus gestos tampoco necesitaban traducción. Los habían tomado por pareja.

Sonriendo para sus adentros, Carlos llevó a Cristina hacia la pista de baile. Pero el joven alcalde no contaba con que, cuando empezaran a bailar, se le dispararía el pulso y que apenas podría articular palabra. Porque en ese instante vio a la verdadera Cristina. Una mujer adorable, sincera y luchadora. Una mujer tan extraordinaria, que podría hacerle perder el norte.

Carlos sólo podía sonreír orgulloso de su acompañante. Porque esa mujer maravillosa, aunque fuera también una activista pesada y protestona, iba con él. Era su pareja.

Los flashes de las cámaras los deslumbraron por un momento. Vaya, se había olvidado de los periodistas. La fiesta estaba acabando y la prensa local, nacional e internacional estaba en la sala.

¡Y Cristina y él eran el objetivo principal!

* * *

-¿Es cierto? -Jaime le soltó el periódico sobre la mesa-. ¿Es cierto que tu

fabulosa acompañante de ayer es la activista que nos está reventando la urbanización más prometedor de tu legislatura?

En la foto de portada, Cristina y él bailaban y sonreían encantados de su mutua compañía. Recordaba ese momento. Y su felicidad inexplicable cuando les echaron esa foto. Por alguna extraña razón, le gustó bailar con ella.

Pero lo peor no era la foto, era el titular del artículo que la acompañaba: “¿Quién es la atractiva acompañante de nuestro joven alcalde?”

Y en el artículo se desvelaba el misterio. Alguien que conocía bien a Cristina había dado pelos y señales sobre ella, y en particular, sobre sus acciones como activista de primera fila.

Por lo menos no había trascendido que vivían juntos. Mejor dicho, que compartían la misma suite. Quedaba fatal dicho así. Porque si el dato llegaba a hacerse público tendrían un problema. Un problema grave.

-¡Justamente en año de elecciones! ¿Es que quieres cargarte tu carrera? - preguntó Jaime enfadado- Porque si es eso, no necesitas recurrir a activistas encantadoras. Puedes dimitir en cuanto quieras.

Lo cierto era que Carlos no esperaba que se supiera que Cristina dedicaba su tiempo libre al activismo. Ni que sus reportajes periodísticos revelaban una predisposición innata a plantar cara a cualquier gobierno para defender las ideas en las que creía. No. Él pensaba que sería una chica anónima cenando con él en una embajada. Pero no había sido así.

Esa misma mañana había leído los últimos artículos que Cristina había publicado. Y era muy buena. Ponía el dedo en la llaga y denunciaba sin tapujos todo lo que, a su parecer, estaba mal. Pero curiosamente, él también pensaba que todo lo que ella denunciaba, o era inmoral o incorrecto. En realidad no pensaban de forma tan diferente. Exceptuando a Salitre, claro.

-No quiero cargarme mi carrera -contestó por fin-. Pero tampoco voy a renunciar a mis amistades. Si no tengo acompañante para un evento en el que tú mismo me has pedido que acuda acompañado, y si una amiga se ofrece desinteresadamente para ello, el asunto es exclusivamente mío. Y si la prensa ha metido sus narices en mi vida personal, a mí me da lo mismo. No tengo nada que ocultar.

Carlos terminó su alegato cruzando los brazos y arrugando el ceño. Se plantó frente a Jaime Ruíz dispuesto a discutir. ¡Faltaría más! Que nadie se atreviera

a decirle con quién podía y con quién no podía acudir a una cena.

-Y si quieres que dimita -lo miró a los ojos-, dimitiré en cuanto me lo pidas.

-No quiero que dimitas -suspiró Jaime-. Quiero que seas mi sucesor. Y si la prensa encuentra cualquier mancha sobre ti, o sobre tu novia, acabarán contigo. Y puede que también con el partido.

-No es mi novia.

Pero el enfado de Carlos se convirtió en algo parecido a la preocupación. El presidente tenía razón. El Partido Demócrata Laborista había ascendido con tanta rapidez hasta ocupar la presidencia, que todos temían una caída igual de rápida.

No quería ser el responsable de un descalabro del partido. Iría con cuidado. Si trascendía en qué condiciones estaba viviendo, podrían perder no sólo la mayoría absoluta en las próximas elecciones, sino dejarlos reducidos a una representación minoritaria.

Capítulo 9

Cuando Cristina se despertó, Carlos ya se había ido. Lástima, porque el día anterior estaba tan cansada que se durmió en el coche cuando volvían al hotel. Y luego se fue directa a la cama. Sin quitarse el maquillaje ni nada. Le hubiera gustado hablar con él al llegar a casa, bueno, al hotel, pero estaba demasiado cansada.

Pero a pesar de lo poco que había dormido, por la mañana acudió puntual a la zona de las excavadoras. No quería descuidar sus planes porque el día anterior hubiera trasnochado. Ella siempre cumplía sus compromisos. Una ducha rápida, unas gafas oscuras y varios litros de café, la pusieron en marcha.

Estaba cansada pero se había divertido. Se había divertido muchísimo. Los asistentes eran gente culta e interesante. ¡Y el vestido! Ese vestido era digno de una princesa. Sus labios se curvaron en una sonrisa melancólica recordando la velada. Se había sentido realmente como una princesa de cuento.

-¿Lo pasaste bien ayer? -Alejandro fruncía el ceño frente a ella.

-Pues sí -contestó ella escuetamente. No pensaba dar detalles de dónde había estado. A nadie le importaban sus asuntos siempre que cumpliera con sus compromisos y sus obligaciones.

-Ya se nota.

Alejandro le alargó el periódico en silencio. Mostrando la foto de ella y Carlos bailando amigablemente. Bien, eso era asunto suyo. Únicamente suyo.

-Una foto bonita -dijo tranquilamente-. Tengo que llamar al periódico para pedirles una copia.

-Te has vuelto loca -dijo Alejandro mirándola con atención-. Debe de ser eso.

Que tu cerebro no funciona bien. ¿Acaso pensabas que no trascendería? Es un acontecimiento social de primera magnitud.

-Es asunto mío.

-Es asunto de todos. Si bailaste con el alcalde, espero que al menos le presionarías en nuestras reivindicaciones.

-¿De qué hablas? Era una cena en una embajada. No hubiera sido correcto. No se hablaba de política. Al menos -recordó que sí, que se habló de las buenas perspectivas de Carlos dentro del partido-, no se habló de política local.

Alejandro metió las manos en los bolsillos. Estaba enfadado. Pero ¿cuál era el problema? Ella no había hecho nada de lo que tuviera que arrepentirse.

-Necesitamos una líder, no una barbie enamoradiza.

¡Una barbie enamoradiza!

¿Cómo se atrevía ese niño?

-Bien. Has dejado clara tu posición. Si no sirvo para la causa que defiendes y por la que me he desvivido en los últimos meses, me largo. Quedas al mando. Se sintió fatal. Ese proyecto era su vida. Su mayor preocupación. Pero estaba dispuesta a dejarlo si no podía aportar nada útil.

-No, no quiero quedarme al mando -dijo Alejandro cogiéndola del brazo y mirándola con admiración mal disimulada-. Te necesitamos. Lo único que quiero es que te alejes de ese tipo.

-Eso es asunto mío. No permitiré que nadie manipule mi vida privada. Si puedo aportar algo, me quedo. Si no, me voy. Siempre podré luchar contra las cosas mal hechas desde cualquier sitio.

-Tienes razón -cedió Alejandro-. Quédate. Te necesitamos.

Cristina quería quedarse.

-No soy una barbie -recalcó con una sonrisa.

Alejandro la miró preocupado, pero asintió mirándola con devoción.

-¿Y enamoradiza?

-Eso puede que sí -dijo ella haciéndole cosquillas. Alejandro era como un niño, y había que tratarlo como tal.

Se dirigían juntos hacia los alcornoques cuando se le ocurrió. Hizo cálculos mentales rápidos y pudo confirmar que tal vez había una solución. Si

conseguía que lo entendieran en el ayuntamiento, podrían pactar un acuerdo.

* * *

Primero tenía que conseguir que lo entendiera Carlos. Si Carlos aceptaba las ventajas de su propuesta, acabarían con el problema de la urbanización. Porque lo de abandonar la suite terminaría cuando Carlos se fuera a su casa. Y eso ocurriría en cuanto acabaran las manifestaciones.

-Tengo que proponerte algo -dijo Cristina esa tarde en la suite.

-No pienso dejar esta habitación -contestó él sin dejarla hablar-. Es la mía. Y con esto te estoy haciendo un favor, porque la otra es mejor.

-Pues ve tú a la otra. Si tan buena es... Pero no era eso. Quiero hablarte del proyecto de Salitre. Se me ha ocurrido una solución.

Había estudiado los planos. Los tenía extendidos sobre la mesa, y había señalado los puntos importantes. La urbanización era muy adecuada y solidaria. En eso tenía razón él. Pero si en lugar de construirla en la zona proyectada, su ubicación se trasladara hacia el este, ocuparía unos terreno más desérticos.

-El impacto medioambiental sería menor -explicó Cristina-. En esa zona no hay humedales. Ni arbolado. Y la vida animal es mucho más escasa.

Carlos estudió la propuesta. Durante un rato no dijo nada. Miraba los planos en silencio. Cristina empezó a preocuparse.

-¿Cómo no se les ha ocurrido ésto a los promotores? -preguntó finalmente con la cara seria- Porque tienes razón. Ahí estaría mucho mejor.

-Te lo diré. Por las comisiones. Seguro que es por éso.

-Aquí hay una gasolinera -dijo Carlos señalando un punto sobre el plano-. No me gusta urbanizar cerca de gasolineras.

-A mí tampoco. Pero queda lejos.

Quedaron en estudiar la nueva ubicación, considerando los pros y los contras.

-¿Darías el visto bueno en estas condiciones? -preguntó Carlos mirándola con atención- Para proponerlo al pleno tengo que estar seguro de que dejaréis de protestar. Porque estoy seguro de que tú y tus compinches -sonrió con simpatía-, seguiréis viendo problemas.

-¡Mis compinches! -Cristina le devolvió la sonrisa. No era un insulto, era una gracia.

Carlos levantó las manos con las palmas hacia arriba.

-En serio. ¿Aceptaríais que Salitre se construyera en esas condiciones? ¿La urbanización completa?

-No tan fácilmente. Quiero algo a cambio.

Carlos la miró con admiración.

-Ya decía yo. Ahora querrás suprimir el colegio, o el polideportivo o el centro comercial. Pues ya te digo de antemano que todo eso es innegociable. Es calidad de vida para los habitantes, y no pienso ceder ninguno de esos edificios.

-Ya lo supongo. No es eso. Quiero otra cosa.

-Me olvidaba de que eres buena negociando. ¿Qué quieres?

Cristina quería que la zona de construcción inicial se convirtiera parque natural. Y ella se comprometería a que sus colaboradores aceptaran la construcción de Salitre en los otros terrenos. Además, proponía que se plantaran árboles en ese futuro parque y que se mantuviera limpio.

-Si se controla la afluencia de gente, también sería una ventaja para tus planes, porque atraería turismo. Y el turismo es pasta.

-Si acude demasiada gente, pueden degradar la zona más todavía que una urbanización.

-Estoy hablando de turismo controlado. Y de que haya guardas.

Carlos calibró lo que eso suponía. Ese cambio de localización no tenía por qué ser más caro. Aunque si se compraban los terrenos para que el parque fuera propiedad del ayuntamiento, sí que valdría dinero, pero las ventajas eran indudables. ¡Sería un bosque en la ciudad!

-Es una buena idea -dijo finalmente-. La próxima semana tenemos pleno. Lo propondré. Y si lo aprueban, que estoy seguro de que lo aprobarán, trasladaré nuestra propuesta a los constructores.

-Bien -Cristina sonrió-. Es un principio de acuerdo.

Antes de entusiasmarse, debían reunirse con sus colaboradores, para estudiar la mejor forma de exponerlo, tanto al pleno del ayuntamiento como a los activistas.

Durante más de una hora, cada uno de ellos habló por teléfono, negoció, insistió u ordenó según el caso. Hasta que consiguieron una reunión para el

día siguiente. Sólo entonces se estrecharon la mano.

* * *

Esa noche no hubo discusiones. Cenaron juntos. Comida vegana que pidieron a un restaurante con envío a domicilio. Incluso abrieron una botella de vino para celebrar su acuerdo. Carlos hubiera preferido un buen filete, pero quiso contentar a Cristina. Por la cena en la embajada.

-Oye -dijo después de comer unos espárragos-, esto está muy bueno.

-Naturalmente. No hace falta comer carne para disfrutar de la comida.

El único problema estuvo en que los había visto juntos el repartidor del restaurante. Y que había reconocido al alcalde.

-Puedes tener problemas con esto -dijo Cristina preocupada.

-No creo que los tenga -contestó Carlos-. Parecía un buen tipo y sólo quería un autógrafo.

-Si yo fuera tu asesora -dijo ella cogiendo el último espárrago y negando con la cabeza-. Te diría que si esa chica tan pesada y cabezota que tienes en la habitación, ha decidido no irse, lo mejor sería que te fueras tú.

-Ni lo sueñes. Yo sería más partidario de sobornarla -dijo Carlos con los ojos burlones-. Con espárragos asados. O con cava -añadió con un guiño.

Cristina frunció el ceño. ¿Cómo se atrevía a recordarle lo del cava? ¡Encima de que intentaba ayudarlo!

-Estoy hablando en serio. Esta situación no te beneficia. Si se supiera...

-No se sabrá.

-No puedes contar con ello. Tu asesor debería decírtelo.

-Oye, ¿dejarías que te fichara a ti como asesora? -interrumpió Carlos, sin hacer caso de sus objeciones- Serías buena. Con ideas como la del cambio de lugar de la urbanización, nos habiéramos ahorrado muchos problemas. Yo también hablo en serio. ¿Ficharías en mi equipo?

-Soy independiente -contestó Cristina con una sonrisa-. Me gusta decir lo que pienso y definiendo lo que creo justo. No te serviría.

-Yo creo que sí.

-Estoy segura de que no te gustarían las cosas que puedo llegar a decir.

-A lo mejor -Carlos la miró intensamente-, es lo mismo que yo pienso. Sólo que me veo obligado a esperar un poco antes de poder decirlo. Y a veces

tengo que exponerlo de otra forma. En política hay que esperar el momento oportuno para defender aquello en lo que crees.

¿Era posible que detrás de esa fachada de alcalde perfecto e integrado en el sistema, se escondiera un revolucionario en potencia?

-Te sorprenderías -dijo en cambio.

-En absoluto -dijo él-. Esta mañana he leído todos tus artículos. Por lo menos los que he pillado.

Cristina se mantuvo a la espera de que diera su opinión. Nunca le importaban las críticas de la gente. Por algo hacía periodismo independiente. Pero la opinión de Carlos sí que le importaba. Era un hombre educado, sensible y muy atractivo. Que además fuera el alcalde ya no le parecía un defecto de los grandes. Sólo era un pequeño defecto. Quería que le gustara su trabajo.

-Eres buena -dijo Carlos finalmente-. Pones el dedo en la llaga y expones los problemas con claridad. No me extraña que se te disputen en los periódicos.

Menos mal. Cristina respiró. Le habían gustado. Muchos periódicos habían intentado ficharla, pero ella quería seguir siendo libre.

Terminaron la cena y se levantaron para brindar por el acuerdo. Brindaron dos veces, y después lo hicieron por ellos mismos. Estaban en sintonía.

Carlos recogió la copa de Cristina y la dejó despacio sobre la mesa. Sus ojos estaban clavados en los de ella, como en una muda pregunta. Después, se acercó a la joven y la besó. Y luego volvió a besarla.

-No es una buena idea -murmuró ella, pero no se apartó.

-No lo es -Carlos siguió besándola.

-No podemos hacer esto.

-Estoy de acuerdo.

Pero ninguno de los dos hizo intención de parar. Cristina no podía pensar en nada que no fuera él. Nada más era importante. Ni decisivo.

-¡Por Dios, eres el alcalde! -exclamó ella con voz ahogada.

-Olvida que yo soy el alcalde y tú una activista -susurró él.

Si no dejaba de besarla se desmayaría. Pero si paraba..., entonces se moriría.

-De acuerdo -jadeó-. Hoy sólo somos tú y yo.

Ya se replantearía las cosas al día siguiente.

Cristina nunca se había entregado con esa intensidad, aunque no era consciente de ello. No pensó en el futuro, ni en las causas que defendía. Ni en el cargo que él ostentaba. Únicamente importaba el momento.

Esa noche compartieron habitación. Y cama. Carlos no necesitó dormir en el sofá. Claro que dormir, lo que se dice dormir, durmieron poco.

Capítulo 10

Carlos nunca en su vida había sido tan feliz. Y eso que era perfectamente consciente de que su carrera política estaba en la cuerda floja.

Si trascendía su relación con Cristina, y debía admitir que tenían una relación, la oposición aprovecharía cualquier cosa para descalabrarlo.

No le importaba demasiado a nivel personal, porque la política nunca había sido su prioridad. Y en ese momento le importaba menos todavía. Él se dedicaba a la política para ayudar a la gente. Y si no podía hacerlo a su gusto, renunciaría. Había cosas más trascendentales.

Había descubierto al amor de su vida.

Estaba seguro de ello, porque sus sentimientos estaban a flor de piel. ¿Cómo era posible que se hubiera enamorado en tan poco tiempo?

En cuanto acabara todo, en cuanto hubiera conseguido cambiar la ubicación de Salitre, le pediría a Cristina que se casara con él. No antes, porque sería incorrecto mientras tuvieran ese conflicto entre ellos, pero sí en cuanto pudiera. Lo antes posible. Miró el reloj distraído...

-¡Mierda! -Carlos saltó de la cama, despertando a Cristina.

Quería levantarse temprano, pero se había quedado dormido de madrugada y ya eran las ocho. Tenía el tiempo justo para prepararse antes de la reunión.

-¡Ni se te ocurra entrar en el baño!

Cristina saltó de la cama a una velocidad supersónica.

-No lo entiendes. Necesito entrar en el baño.

-Yo también.

Corrieron entre risas, pero llegaron casi a la vez. Cristina intentó cerrar la puerta, pero Carlos consiguió meter el pie y lo utilizó de cuña. Además, tenía

más fuerza y al final pudo entrar.

-Me pido la ducha -dijo Cristina soltando la puerta.

Pero Carlos ya estaba abriendo el grifo, antes incluso de quitarse la camiseta. Ella cogió las toallas. Sin toallas no podía ducharse.

Una buena oportunidad para demostrar que podían ponerse de acuerdo en algo. Y la aprovecharon. Lo echaron a suertes y la ducha le tocó a Cristina. No era justo. Él tenía más responsabilidades. Pero Cristina se empeñaba en ver las cosas desde su propio punto de vista.

-Yo tengo más responsabilidades -dijo ella mientras dejaba caer el agua. Justo lo contrario de lo que él creía-. Tú sólo tienes que mandar. Yo tengo que convencer.

-Yo también he de convencer. Sobre todo ahora, con esa estrambótica idea tuya. Cruza los dedos para que lo consiga, porque yo no lo tengo tan claro. Cristina fue considerada. Tres minutos exactos y salió de la ducha.

-Yo en cambio -con una toalla alrededor del cuerpo, Cristina se paró un instante para besarlo-, estoy segura de que lo conseguirás.

Mientras él se duchaba, ella aprovechó para maquillarse. Y acudieron juntos a la reunión. Sin esconderse. Sin miedo a que les enjuiciara nadie.

* * *

Alejandro y Carmen les esperaban en la sala de reuniones del hotel. La Sala 3, la misma en la que se reunieron ellos dos la primera vez. Curioso. El círculo se cerraba. Se sentaron alrededor de una mesa y Alejandro y Carmen abrieron sus carpetas.

-¿Te has maquillado? -preguntó Alejandro en voz baja, mirando a Cristina con atención-. ¡Te has maquillado! -afirmó después de comprobarlo- Tú nunca te maquillas.

En un espacio tan reducido se podían oír las conversaciones, y Carlos sonrió. Estaba encantado de que Cristina se hubiera maquillado. Y tenía la esperanza de que hubiera sido por él.

-Para el carro -contestó ella también en voz baja-. ¡Claro que me maquillo! Siempre que hace falta.

-No sé nada de tu vida social -dijo Alejandro enfurruñado como un niño pequeño-, pero sé perfectamente que nunca te maquillas para una reunión política.

-Te aseguro que el maquillaje no me hará descuidar la defensa de mis ideas. No es un medicamento -sonrió intentando quitar hierro al tema-, y no me afecta al cerebro.

-Y yo estoy seguro de que te has vuelto loca -murmuró Alejandro por lo bajo-. Este tío no es de fiar.

Sin perder detalle de la conversación, Carlos estudió con curiosidad al joven activista, y pronto sacó sus conclusiones. Desde luego que el tipo no se cortaba un pelo. Alejandro no tenía problemas con él como alcalde. Los tenía como rival. Estaba enamorado de Cristina y se consideraba con más derecho a amarla.

Carlos se encogió de hombros. A él tampoco le gustaba ese chico. Y también sintió en sus entrañas la rivalidad que le despertaba. Pero la reunión tenía que empezar. No podían pasarse la mañana entre amenazas. Lo miró a los ojos como advertencia y luego consultó sus notas.

Cuando Carlos empezó a hablar, expuso con acierto y precisión la posibilidad de trasladar la ubicación de Salitre. Explicó los puntos principales con profesionalidad, y mostró las distintas opciones con coherencia.

-Es imposible que eso salga bien -interrumpió Carmen-. Es una utopía. Parece mentira que un hombre como usted, tan serio y metódico, pueda ser también tan iluso.

¿De qué iba esa mujer? ¿Estaba de su lado o del bando contrario?

-No soy un iluso.

-No es un iluso -Cristina casi habló a la vez que Carlos-. Tiene interés en encontrar una solución. Y yo creo que eso es factible.

-Pues yo tengo que darle la razón a ella -intervino Alejandro mirando a Carmen por primera vez-. Y tú también eres una ilusa -dijo a Cristina-. Estáis viendo el mundo de color de rosa y no es así. Ésto va en serio.

-Ningún inversor querrá comprar esos terrenos nuevos -afirmó Carmen-. Para empezar, no sabemos ni quienes son los dueños. Ni cuánto pedirán.

-Claro -dijo Cristina frunciendo el ceño-. El problema siempre es ese. Quién va a ganar dinero. Y quién se llevará las comisiones. A costa de lo que sea.

-Nadie ha dicho que sería fácil -añadió Carlos-. Lo que no podemos hacer es rendirnos sin intentarlo. Hay mucho en juego.

Carmen asintió en silencio. No le gustaba la idea. Se notaba con claridad que

no quería hacerlo. Pero no se opondría.

-Si yo consigo que los propietarios del suelo nuevo vendan al mismo precio que los primeros -propuso Cristina-, vosotros os comprometéis a trasladar la urbanización.

-No podemos comprometernos a eso -explicó Carlos-. Cualquier decisión de esa trascendencia ha de pasar por el pleno del ayuntamiento. Pero nos comprometeremos a defender esta postura.

-Trato hecho -dijo Cristina-. Con el número de concejales que tiene tu partido, lo tienes ganado.

Carmen y Alejandro se miraron en silencio. Y a pesar de la oposición de sus asesores, Cristina y Carlos se estrecharon la mano ceremoniosamente.

* * *

-¿Qué hay del asunto Cristina? -preguntó Nacho en cuanto Carlos entró en su despacho- ¿Cómo quieres manejarlo?

-No hay ningún asunto Cristina.

-Eres el alcalde. Y tienes a toda la oposición pendiente de tus actos. ¡Naturalmente que hay un asunto Cristina! Lo dicen todos los periódicos.

-No lo hay si no les hacemos caso.

Nacho le acercó el periódico de la mañana. El titular de la portada “*La novia del alcalde*”, aparecía junto a una foto de Cristina con un megáfono. Estaba en una manifestación contra la construcción de una fábrica de cemento en una localidad cercana. El hecho ocurrió hacía cinco años, pero se distinguía claramente que se trataba de Cristina.

-Tienes que hacer una rueda de prensa. Con un poco de suerte no se podrá demostrar que se trata de tu novia.

-No es mi novia. Al menos -meditó un instante-, no lo es todavía. Pero no entiendo cuál es el problema.

-El problema es que eres el alcalde y ella, según dice la prensa, es una peligrosa activista.

-¿Peligrosa porque lleva un megáfono? ¡Vamos, hombre! Sé sensato. ¿Qué problema ves en que una mujer, que defiende el medio ambiente, lleve un megáfono durante una manifestación? Además, si no recuerdo mal, después de esas movilizaciones se hizo un estudio sobre las repercusiones que tendría la construcción de esa fábrica en la calidad del aire. Y el proyecto se rechazó

por ser peligroso para la salud de las personas.

Nacho no se rendía con facilidad. No en vano era un buen asesor.

-Mírala. Está encima de un coche. ¿Cómo puede estar tu novia, bueno, una amiga tuya si quieres decirlo así, en el capó de un coche?

-Nadie denunció daños. Además, en esa época no la conocía.

No dejaría que nadie opinara sobre su relación con Cristina.

-Los periodistas van a tener un filón -dijo Nacho preocupado.

-Déjalos que digan lo que quieran.

-Bajarás puntos en las encuestas de intención de voto. Y todo lo que tú bajes, lo subirá la oposición.

-No pienso dejar que nadie controle mi vida privada. Y *nadie es nadie* - insistió mirando a su asesor a los ojos.

Capítulo 11

-No debería haber dejado que me convencieras -dijo Cristina ante la puerta del Palacio de la Moncloa.

No se asustaba con facilidad, pero sí, estaba asustada. Más que el día de la cena en la embajada. Ese día casi todos los asistentes eran extranjeros. Pero asistir a una cena privada en la Moncloa, con la plana mayor del PDL, y como pareja de Carlos, era un poco fuerte.

-Jaime insistió mucho en que te llevara -dijo Carlos-. Quiere conocerte. No te preocupes -cogió a Cristina de la cintura para darle ánimos-. Habrá comida vegana.

Cristina sonrió. Nunca había estado en la Moncloa y era una ocasión ideal para cotillear un poco. Sus amigas habían regresado de sus respectivos viajes de novios y habían quedado en que se reunirían pronto. En una cena de chicas.

Tengo que fijarme en los modelitos de las mujeres.

Ya más tranquila pensando en el cotilleo, se dejó guiar hacia los salones.

-¡Cristina! -un hombre menudo, con pelo y barba blancos, se les acercó sonriente y con los brazos abiertos- No esperaba verte por aquí.

-¡Tío Horacio!

-¿Tío Horacio? -preguntó Carlos asombrado- ¿Horacio Martín es tu tío?

-Hermano de mi madre -confirmó Cristina con una sonrisa.

Horacio Martín era uno de los cofundadores del PDL y era un peso pesado dentro del partido. Su poder rivalizaba con el del propio presidente, Jaime Ruiz.

El tío Horacio abrazó a Cristina y después a Carlos. Un gran abrazo de oso, pese a su corta estatura y su delgadez.

-Me alegra verte por aquí, chiquilla -dijo el tío Horacio satisfecho-. Parece que por fin has dejado de jugar y te dedicas a defender tus ideas en el lugar

adecuado.

-No empieces. No he venido a defender nada. Sólo he venido a acompañar a Carlos -dijo ella.

-Algo es algo. Lo importante es que estás aquí.

En el ambiente se respiraba ambición y las conversaciones giraban en torno a las aspiraciones políticas de los comensales. Por suerte, en la cena ella estaba sentada entre Carlos y su tío y no necesitó fingir. Pudo comportarse como era, y pudo hablar con normalidad. Sin condicionantes.

-Me debes la revancha -dijo su tío mientras esperaban los postres.

-¿La revancha? -preguntó Carlos.

-Le gané en nuestra última carrera de natación -explicó Cristina-.

Competimos todos los años. Y siempre le gano. Si dejaras de hablar mientras nadamos -dijo a su tío-, tu velocidad aumentaría. Pero es incapaz de callar -se volvió hacia Carlos-. No calla ni bajo el agua. Y nunca mejor dicho.

-¡Encima que dedico mis energías a que aprendas algo útil! En la última carrera intenté que se afiliara al partido -explicó a Carlos-, pero ya ves, la chica es independiente.

-Sabes que no me interesa afiliarme a ningún partido.

-Pues podrías hacer mucho bien si quisieras.

-No tengo ni el carácter ni la disciplina. No te gustaría lo que puedo llegar a decir si me tocan las narices. Pero le he prometido a Carlos que hoy intentaré comportarme con tanta corrección como él.

-¿Ya has competido con ella? -preguntó Horacio a Carlos cambiando de tema.

El joven negó con la cabeza.

-Todavía no. Espero poder hacerlo pronto.

-Pues prepárate. Porque esta muchachita tiene un ansia perversa por ganar. Y no tiene ningún respeto por las canas.

-Tendremos que probar alguna vez -dijo Carlos mirando a Cristina-. Me gusta nadar. Y también me gusta ganar.

-Ya veremos -contestó ella sin comprometerse, pero con un brillo competitivo en su mirada.

Después de la cena se formaron grupos. Carlos se acercó a hablar con unas

personas y Cristina deambulaba por el salón. Se hablaba de política, y Cristina había prometido comportarse. De momento lo cumplía a rajatabla.

-Esa gentuza tendría que estar en la cárcel -afirmó con voz de trueno uno de los asistentes-. Yo prohibiría las manifestaciones y todo arreglado. Cada manifestante en una celda, y listo. Así aprenderían.

Aquello ya era demasiado. No sabía de qué manifestaciones hablaba ese viejales, pero Cristina no pudo seguir callada.

-Eso se llama dictadura -dijo sin poder controlar sus palabras-. ¿Dónde queda la democracia sin libertad de expresión? Cada persona es libre de manifestar sus opiniones. Siempre que no se perjudique ni se agreda a nadie, cualquiera tiene derecho a defender sus ideas de la forma que considera adecuada.

Cristina calló cuando se dio cuenta de que las conversaciones pararon de repente. Los ojos del hombre se clavaron en ella con furia. Había metido la pata. Lo sabía. Seguro que ese hombre era un pez gordo dentro del partido. Y lo que era peor, había dejado a Carlos en una situación delicada, y no era su intención. ¡Ojalá que no hubiera abierto su boca!

Sin inmutarse, Carlos fue hacia ella, pero llegó tarde. El viejales, un anciano alto con el cabello blanco, se acercó amenazador. Se paró frente a Cristina. Sus ojos echaban chispas. Durante uno o dos minutos estuvo mirándola fijamente.

-Eso se llama anarquía -dijo cruzándose de brazos.

-Sólo ante gobernantes que no gobiernan.

Cristina no desvió la mirada. No bajó los ojos. Creía lo que había dicho y no estaba dispuesta a retractarse. Pero la situación era tan tensa que nadie respiraba por miedo a romper el silencio.

-¡Qué chica ésta! -exclamó finalmente el hombre riendo a carcajadas y estrechando su mano con fuerza- Soy Mario Pizarro.

Se reanudaron las conversaciones y dejaron de mirarlos. Mario se dirigió a Carlos con simpatía.

-Ya eran horas de que alguien se atreviera a llevarme la contraria -dijo riendo todavía-. No como otros.

-Lo siento -se disculpó Cristina-. No pretendía decir nada que pudiera molestarles.

-Deberías casarte con ella mañana mismo -añadió Mario cogiendo a Carlos

del brazo y señalándola-. Mi primera impresión suele ser acertada. Es una gran chica. No tiene miedo a decir lo que piensa. Hazme caso y no la dejes escapar. Necesitamos gente como ella en nuestras filas. Gente que no me tenga miedo -añadió con un guiño.

Mario se alejó sonriente y Carlos le explicó que era el tercer cofundador del partido. Horacio, Jaime y Mario fueron los que impulsaron su formación, y sobre todo, su auge.

-Lo siento -murmuró Cristina-. No entiendo nada, pero ese hombre ha sido tan cazurro, que me ha sacado de mis casillas. Aunque no quería ponerte en un aprieto.

-No lo has hecho -contestó Carlos riendo y cogiéndola del hombro- Mario se ha pasado los últimos meses diciendo las mayores barbaridades, pero nadie se atrevía a llevarle la contraria.

-¿Por qué?

-Por miedo a las represalias. Pensábamos que se le había ido la olla y estábamos deseando que abandonara el partido. ¡Y resulta que el viejo bribón nos estaba tomando el pelo! -Carlos movió la cabeza de lado a lado- No imaginé, ni de lejos, que nos estaba poniendo a prueba. Has hecho bien de decirle lo que pensabas. Tal vez eso nos haga recapacitar a todos. Me siento avergonzado.

* * *

Carlos y Cristina entraron en una rutina agradable y compartían la suite sin protestar.

-¿Pedimos la cena como el otro día? -preguntó Carlos una tarde al llegar a casa.

Cristina estaba viendo la televisión y se levantó para recibirlo. Sin ninguna intención, pero cuando lo besó, a ambos se les ocurrió la misma idea, porque pasaron a la habitación sin hablar. Y durante un rato, cualquier propuesta para cenar quedó relegada hasta mejor ocasión.

-Sí que me apetece pedir la cena -dijo Cristina después-. Ahora tengo hambre de veras.

-¿Pedimos sushi esta vez? -preguntó Carlos esperanzado.

-Pídelo para ti -dijo Cristina-. Yo no como animales.

Ya estaba acostumbrada a pedir comida a domicilio en dos restaurantes

diferentes. Cada vez que cenaba con sus amigas hacían eso. Para ella era normal. Y él tendría que acostumbrarse.

No habían vuelto a vestirse. Carlos llevaba únicamente su ropa interior y Cristina sólo llevaba una camisa larga que dejaba sus piernas al descubierto. Cuando llegara el repartidor, mejor dicho, los repartidores, uno de los dos tendría que abrir.

-En la nevera tenemos queso -propuso Carlos-. Creo que me conformo con eso. Así no tendríamos que vestirnos.

-Yo no como queso. Pero creo que también hay berenjenas. Podemos ponerlas en el horno y le pones queso a la tuya. Berenjenas sí que como. Pusieron las berenjenas en el horno. Y cuando ya casi estaban asadas, Carlos añadió queso a la suya. Cristina lo miraba apreciativamente.

-Estás muy guapo en calzoncillos, ¿sabes?

Carlos sonrió algo cortado y Cristina se envalentonó.

-Humm... Si la gente de la ciudad supiera lo increíble que estás en ropa interior, creo que te votarían más.

Carlos no dijo nada. Se limitó a colocar las berenjenas en los platos.

-¿Sabes? Me recuerdas a esos anuncios de calzoncillos que hacen los jugadores de fútbol. Podrías ganarte la vida con eso. Aunque también podrías anunciar perfumes.

-Sería peligroso.

-¿Peligroso? Sería divertido. Ya me imagino la escena, con la cámara recorriendo tu cuerpo lentamente, y la voz del narrador diciendo que, en todas tus reuniones importantes, usas los calzoncillos de la marca que anuncias.

Carlos frunció el ceño.

-Al final será una ventaja que no estés en mi equipo.

-Tus votantes sabrían lo increíblemente sexi que estás en ropa interior.

-Pero estoy seguro de que no te gustaría que *cualquier* político saliera anunciando calzoncillos o perfume. *Eso* sería peligroso. ¿Te imaginas a algunos de nuestros representantes quitándose la ropa para enseñar sus calzoncillos?

En la mente de Cristina se formaron imágenes mas propias de una pesadilla

que de un anuncio.

No, no, no. ¡Qué horror!

No quería ver a ningún político en ropa interior.

-Habría que hacer un casting -dijo ella.

-No creo que fuera posible. Sería un grave problema -añadió Carlos-. Creo que incluso sería un problema nacional.

Aunque Cristina se tapaba los oídos para no escuchar, Carlos le hizo una breve y gráfica descripción de cómo quedarían algunos políticos, de todos los partidos, incluyendo el PDL, anunciando calzoncillos.

-Si el asunto trascendiera -afirmó luego con una carcajada-, y si se enterara la prensa, se convertiría en un problema de dimensión internacional.

-De acuerdo, de acuerdo -dijo Cristina sacudiéndolo con un cojín-. Tú ganas. Reconozco que es mejor que te exhibas en ropa interior sólo aquí.

Capítulo 12

-¿Tiene todos los papeles? -preguntó Carmen solícita antes del pleno-
¿Necesita algo más?

Carmen estaba tensa y distante, pero a Carlos no le importaba con tal de que cumpliera con sus obligaciones. No había vuelto a intentar quedar con él, pero no se fiaba. Y lo peor de todo era que estaba seguro de que la atracción que Carmen sentía hacia él no era real. Su atractivo residía en su cargo político, no en su persona.

-No, gracias -contestó más secamente de lo que pretendía-. Ya lo tengo todo. En ese momento, Nacho entró sin llamar. Sólo hacía éso en casos de urgencia extrema. Era una mala señal.

-Los de la oposición van a presentar su proyecto de fomento de la agricultura y de la ganadería ecológicas -dijo Nacho-. Lo tienen bien montado. Muchos de los nuestros quieren apoyar esa propuesta.

-A mi me parece bien. Leí ayer ese proyecto y es sensato apoyarlo. Parece redactado por nosotros. Yo también lo apoyaré.

-Hay un problema -Nacho lo miró preocupado-. Los agricultores reclaman las tierras no cultivadas del este. Dicen que es la única posibilidad de recuperar la agricultura tradicional. Si no hay tierras, no hay proyecto.

-¡La zona este! -repitió Carlos- En el este tenemos la nueva ubicación de Salitre. Dime que no coinciden.

Sacaron un plano de la ciudad, y el joven asesor señaló la zona que se dedicaría a la agricultura ecológica: se solapaba en un 60% con las tierras que Carlos iba a proponer como nuevo lugar de construcción de Salitre.

-Hay un movimiento social importante apoyando el cultivo ecológico -explicó Nacho-. Si no lo apoyas, tu popularidad caerá más aún.

-No puede permitir que baje más -dijo Carmen-. Desde que se relaciona con esa mujer, ya está por los suelos.

-Tampoco es eso -dijo Nacho-. Por los suelos no está, pero ha bajado.

-No me importa mi popularidad -murmuró Carlos-. Me importa mi palabra. No podría apoyar las dos propuestas. Tendría que elegir. Y sabía lo que debía hacer. No podía permitir que su relación con Cristina condicionara su decisión.

Recogió la carpeta y entró decidido en la sala de plenos. Los concejales ya estaban allí reunidos. Apenas le dio tiempo de ver la sonrisa satisfecha de Carmen.

* * *

-Es bueno que las chicas queden para cenar -dijo Alberto esa noche descorchando una botella de vino-. Luego estarán más contentas.

Alberto y Carlos habían ido a cenar a la casa que Daniel compartía con Teresa y las chicas se reunieron en la casa en la que vivían Alberto y Andrea.

-Y nosotros aprovechamos la coyuntura -dijo Daniel-. A veces es necesario quedar con los amigos.

-Para decir palabrotas y esas cosas -sonrió Alberto-. ¿Te pasa algo? -preguntó a Carlos.

-Estás muy serio -afirmó Daniel-. Dinos lo que te pasa. Tenemos experiencia -añadió con un guiño.

-Y conocemos el remedio -dijo Alberto levantando su copa.

-Seguro que se trata de Cristina -aventuró Daniel-. Se nota que está tan serio por una chica.

-No estoy preocupado por ella -dijo Carlos.

-Pero sí que está relacionado con ella -afirmó Alberto.

-No directamente, pero sí. Está relacionado con Cristina.

Les contó en pocas palabras su compromiso de defender el cambio de ubicación de Salitre y la propuesta de los agricultores.

-He tenido que elegir el menor de los dos males -explicó-. Tenía que apoyar la propuesta de la agricultura ecológica. Eso beneficiará a mucha más gente. He tenido que elegir eso, a pesar de mi relación con ella.

-¿Tu relación con ella? -preguntó Daniel- Nos hemos perdido algo -dijo a Alberto.

Tuvo que explicarles todo. Desde el error en la adjudicación de la suite, hasta

sus sentimientos.

-Está enamorado -dijo Alberto moviendo la cabeza-. Es un consuelo que haya caído también.

-Hablo en serio -protestó Carlos-. He tenido que elegir lo menos malo. Porque no podía permitir que mis sentimientos interfirieran en mis decisiones -repitió, tal vez para terminar de convencerse a sí mismo.

Esperaba que ella lo entendería. Pero había intentado llamarla a lo largo del día y no había conseguido localizarla.

-Tiene el teléfono desconectado y no puedo hablar con ella.

-No hay problema -dijo Alberto-. Llamaré a Andrea. Las chicas suelen desconectar el móvil cuando cenan juntas, pero el fijo no lo tocan.

Pero las chicas no contestaron. O no oían el teléfono, o no funcionaba.

-Deben de estar haciendo alguna guerra de almohadas, o algo así -dijo Daniel sonriendo-. Cuando esas tres se juntan, no se sabe lo que pueden llegar a hacer.

-En fin -dijo Carlos-, no quiero pegaros la paliza. Me iré pronto al hotel por si regresa.

Al día siguiente, Carlos tenía que anunciar los nuevos proyectos del ayuntamiento por la televisión local. Y antes necesitaba explicárselo todo a Cristina. Quería decírselo en persona.

-Sé que se enfadará -dijo Carlos preocupado-. Y no le falta razón. Ha estado trabajando mucho para identificar a los dueños de las tierras que nos interesan. Incluso ha llegado a proponerles precios que ellos han aceptado. Lo tenía todo preparado, y ahora... Esas ventas servirán para otra cosa.

Capítulo 13

-No has perdido el tiempo, ¿eh? -dijo Teresa cuando se reunieron las tres amigas en casa de Andrea.

Estaban cenando en pijama, como en los viejos tiempos. Así no tenían que preocuparse si les entraba sueño. Sólo tenían que irse a su habitación y dormir. Ninguna tenía que coger el coche.

-No sé a qué te refieres -dijo Cristina mirándose las uñas-. Lo importante ahora es que nos pongamos al día. Y que me contéis vuestros viajes.

-A ver que podría contaros... -Andrea fingió que meditaba con una mano debajo de su barbilla-. Alberto y yo hemos estado en la costa este de Canadá y de los Estados Unidos.

-Y Daniel y yo hemos estado en la costa oeste de esos mismos países - interrumpió Teresa-. Ahora desembucha.

-Yo me he quedado aquí y no tengo nada que contar -dijo Cristina-. ¿Cuándo os vais a Houston? -preguntó a Teresa en otro intento de desviar la atención de si misma.

Teresa y su marido tenían una magnífica oferta de trabajo en los Estados Unidos y pensaban afincarse allí.

-En un par de semanas -contestó Teresa descartando la conversación con un gesto de su mano-. ¿Así que ya vivís juntos?

Su amiga no era fácil de despistar.

-No, no vivimos juntos -protestó Cristina-. No has entendido nada.

Andrea y Teresa intercambiaron tal mirada que Cristina fue consciente de que no podría eludir el asunto por más tiempo. Así que les explicó brevemente la confusión de habitaciones y su esperanza de que Carlos se iría pronto.

Aunque ya no lo deseaba, ni mucho menos. Estaba deseando llegar a casa para verlo. ¿A casa? Bueno, al hotel.

Pero no lo vería hasta el día siguiente, porque habían quedado en que Cristina

se quedaría a dormir en su antigua habitación y Carlos dormiría en casa de Daniel.

-Mañana es el pleno del ayuntamiento -suspiró-. En cuanto se apruebe la nueva ubicación de Salitre, podré contaros más cosas.

Hasta entonces era mejor que estuviera callada. No porque no confiara en sus amigas, sino porque nunca se sabía qué oídos podían estar escuchando. Y era mejor no tentar la suerte.

Estaba segura de que, con los votos de los concejales del PDL, Carlos sacaría adelante la propuesta del cambio de lugar de Salitre. Esa nueva ubicación solucionaría muchos problemas.

* * *

-Enchufa la tele -dijo Cristina a Alejandro-. Carlos va a detallar la nueva zona en la que va a construirse Salitre.

En la sede de Ecomovie se respiraba un ambiente festivo y Cristina estaba muy contenta. Había sido un logro suyo, y esperaba el anuncio del alcalde con ilusión. Independientemente de que el alcalde fuera Carlos.

-Ahí lo tienes -señaló Alejandro cuando Carlos empezó a hablar-. ¡Qué guapo! -exclamó burlón-. Lo han maquillado

Cristina ignoró el comentario. Esperaba ilusionada a que Carlos hablara de Salitre, pero de momento se iba por las ramas hablando de agricultura y ganadería ecológicas. Vale, eso también era importante, pero que se diera prisa, por favor. Había mucho en juego.

¡Por fin! Ahora empieza.

Cuando Carlos empezó a hablar de Salitre, Cristina prestó toda su atención. ¿De qué hablaba ese hombre? La joven escuchaba incrédula las palabras de Carlos. Le costó entenderlo, pero finalmente tuvo que aceptar que Salitre se construiría en el emplazamiento original. ¡La había traicionado! El muy sinvergüenza le había hecho creer que aceptaba su sugerencia y luego no había hecho ni caso.

-¡Oh! -exclamó enfadadísima- Voy a estrangular a ese gusano.

-¿A quién? -preguntó Alejandro, que se había perdido el discurso porque no había estado escuchando.

-A ese alcalde de pacotilla.

Escucharon juntos la última parte del discurso. Quedaba claro dónde se

construiría Salitre. Carlos era un maldito traidor y ella le demostraría que no se dejaba tomar el pelo.

-No diré que ya te lo dije -dijo Alejandro contento de que se desenmascara por fin al que él consideraba un rival.

Alejandro se dio la vuelta fingiendo hablar para si mismo, pero en voz lo bastante fuerte como para que ella lo oyera.

-Pero es cierto. Te lo dije. Yo ya sabía que ese tío nos traicionaría.

-Le durará poco la diversión -murmuró Cristina.

Escribiría un artículo. Además, lo regalaría. Para que lo publicaran en todos los periódicos. Denunciaría los problemas que derivarían de la construcción de Salitre en esa zona. Había mucha gente que consideraba que debía ser zona protegida.

¡Y tengo el selfie!

Si él había sido capaz de jugar sucio, ella también lo haría. Publicaría la foto que hizo cuando lo besó el día del cava. En esa foto no se distinguía quién besaba a quién, y le perjudicaría más a él que a ella. Sí, haría eso. Su sonrisa perversa hubiera hecho temblar al alcalde más valiente.

¡Ja! Se va a enterar.

Escribir ese artículo se convirtió en su objetivo prioritario y empezó allí mismo. En la sede de Ecomovie. En cuanto lo tuviera escrito, lo mandaría a los periódicos.

Pero ni siquiera pudo empezarlo. Por primera vez en su vida, no le salían las palabras. Renunció a escribir nada y después se fue al hotel.

Capítulo 14

Carlos llegó al hotel con la intención de explicarle a Cristina lo que había ocurrido. Esperaba, o por lo menos deseaba con todas sus fuerzas, que ella lo entendería.

-¿Has visto mi falda verde? -Cristina hablaba desde la habitación.

Menos mal. Su voz no expresaba enfado y Carlos respiró con cierto alivio. Cristina estaba en casa y tenía la posibilidad de hablar con ella. De explicarle la razón de por qué había optado por no cambiar la ubicación de Salitre.

-No la encuentro por ningún lado -Cristina salió de la habitación y empezó a mirar por el sofá-. Y no quiero dejármela. Es mi favorita.

-Cristina... -Carlos intentó pararla sin conseguirlo-, déjame explicarte...

-No tienes que explicarme nada -contestó ella si manifestar ni enfado ni furia, pero sin mirarlo. Abría los cajones del aparador y los cerraba después de comprobar que su falda verde tampoco estaba allí.

Era preocupante que no estuviera enfadada. ¿De verdad que no le importaba lo que había ocurrido? O podría ser que no lo expresara. Eso sería mucho peor.

-¿Nos tomamos una copa de vino mientras hablamos? -preguntó Carlos.

-No tengo tiempo.

Su voz era completamente inexpresiva y seguía sin mirarlo. Se metió en la habitación y salió con la maleta.

-Por fin lo has conseguido -dijo-. Me voy de aquí. Toda tuya.

-Necesitamos hablar -insistió él.

-Tal vez tú necesites hablar. Puede incluso que quieras tranquilizar tu conciencia. Pero yo no quiero hablar contigo.

La joven lo miró de arriba a abajo y se dio la vuelta. Un pequeño gesto de desprecio que Carlos aceptó sin protestar.

-No cuentes conmigo para tranquilizarte -añadió ella-. Si tienes problemas de conciencia, te los solucionas solito.

Cristina cerró con fuerza la puerta de la habitación y se dirigió hacia la salida.

-¡Ah! Y si encuentras mi falda verde, me la guardas -dijo al salir-. Déjala en recepción y pasará a buscarla cualquier día.

Carlos no esperaba esa apatía. Suponía que estaría furiosa, enfadada. Podía imaginarla lanzando objetos por la habitación, pero no esperaba verla así. Apagada. Vacía.

-¿Dónde vas? -le preguntó preocupado.

Le daría tiempo para tranquilizarse. Y si sabía dónde encontrarla, más tarde intentaría hablar con ella.

-A Barcelona -contestó ella-. Fernando Cuesta se presenta a la alcaldía por los Verdes, y espero que me contrate para su campaña. Ellos son de confianza -murmuró por lo bajo.

Cristina salió sin mirar atrás. No le dio la menor oportunidad.

* * *

La manifestación por Salitre se había disuelto. Sin Cristina, Ecomovie no era nada. Carlos también dejó el hotel y regresó a su casa. Menos mal, porque no podía soportar estar en la suite sin ella.

Pero en su casa le esperaba la prensa. Cámaras, fotógrafos y reporteros estaban montando guardia ante su portal.

¡Mierda!

Intentó meter el coche en el parking, pero también había periodistas dentro. Era imposible entrar en casa sin que lo vieran, así que se armó de valor y salió del coche.

-Alcalde ¿dónde está su novia?

-¿Qué puede decir de su relación con la señorita Bartual?

-¿Se siente utilizado por esa mujer?

-¿Es cierto que Cristina Bartual es una espía?

Carlos atravesó la barrera de periodistas como pudo, sin hacer caso de las preguntas, pero una vez en el ascensor, la última pregunta destapó una sonrisa. Una sonrisa triste, pero sonrisa al fin y al cabo.

¡Cristina una espía!

Estos periodistas..., cada vez eran más creativos. ¿A quién se le habría ocurrido la chocante idea de que Cristina era una espía? En el mundo actual, si no tenían noticias, las inventaban.

Una vez en su casa se dejó caer en el sofá sin deshacer la maleta siquiera. Al enchufar la tele, recordó su primera noche en el hotel, cuando no sabía que Cristina dormía al otro lado de la pared.

Finalmente tomó una decisión. Si ella se iba a Barcelona, él iría tras ella. Tenía que convencerla de que su relación estaba por encima de la política. Para él lo estaba. Dimitiría y le pediría que se casara con él. Y si le decía que no, insistiría. Sabía que ella lo amaba y eso era una ventaja.

Las imágenes de José Luis Álvarez, del partido ultraconservador, en una entrevista para la televisión, despertaron su interés. Pero después de escuchar las primeras palabras, poniendo en duda la moralidad de Carlos, y sobre todo, dejando a Cristina como una fulana cualquiera, se puso furioso. Tanto que le costó un esfuerzo sobrehumano no coger el teléfono y llamar en directo al programa para poner a ese cerdo en su lugar.

¡Cómo era posible! ¡Ese infame estaba insultándola!

Pero tenía que contenerse. El alcalde no podía comportarse como un macarra. Álvarez seguía hablando tan tranquilo. Insinuando que la mujer que Carlos amaba, la mujer con la que quería pasar el resto de su vida, había intercambiado favores sexuales a cambio de información política. No lo afirmaba categóricamente, era demasiado experto como para hacer eso, ya que nunca podría aportar pruebas. Pero en política bastaba con una insinuación para echar la reputación de una persona por los suelos.

-Yo mismo tuve la ocasión de bailar con ella -decía Álvarez con desfachatez-. Y supongo que si hubiera sido algo más joven -el anciano sonrió con una sonrisa falsa y desagradable-, también hubiera tenido mi momento de relax con ella.

La furia de Carlos le hizo dar un puñetazo contra la pared.

Darí a una rueda de prensa para el día siguiente. Entonces lo explicaría todo. Llamó a Nacho y le pidió que convocara a la prensa. No hablaría con los reporteros que seguían bajo su ventana. Prefería un local cerrado. Con periodistas expertos.

Ese hombre era un canalla malicioso y Carlos se propuso darle su merecido.

* * *

-No se puede caer más bajo -decía Carlos al día siguiente ante los periodistas-, que recurriendo a tópicos humillantes cuando no se tienen argumentos políticos.

Los periodistas escribían rápidamente, los cámaras grababan y los fotógrafos disparaban sus flashes, pero Carlos no se distraía. Hablaba con propiedad, sinceridad y pasión. Las cualidades que lo hicieron triunfar en las pasadas elecciones.

-¿Por qué no hablas de política, Álvarez? -continuó Carlos- Porque no sabes qué decir. ¿Por qué necesitas insultar a una mujer que no te ha hecho nada? Porque no tienes argumentos de otro tipo.

Al fondo de la sala, Nacho levantó el pulgar. No era una rueda de prensa, se había convertido en un discurso. Uno de los mejores.

-Cristina Bartual tiene razón. La ubicación de una zona habitada tan extensa es importante. También lo son las tierras para los agricultores.

Los periodistas se miraron unos a otros. No hacían falta las preguntas, él mismo las contestaba antes de que las hicieran.

-Por eso he decidido proponer al pleno -Carlos hizo una pausa para captar la atención de todos-, frenar la construcción de Salitre hasta encontrar un mejor emplazamiento. Un lugar donde pueda coexistir la población con la vida salvaje, sin perjudicar el medio ambiente. Creo que nuestra ciudad merece eso.

Los aplausos de los periodistas lo hicieron callar durante unos minutos. Nacho se unió a la ovación. Parecía un mitin.

-Y si a ti te parece mal, Álvarez -terminó señalando a la cámara principal con su dedo índice-, discútelo conmigo. Si crees que alguna de nuestras propuestas es perjudicial para alguien, justifícalo en un pleno. Pero no te rebajes, ni rebajes a la clase política, recurriendo a bajezas como la de ayer. Los votantes merecen algo mejor.

No pudo continuar. Los vítores dieron el discurso por finalizado. Los periodistas, de todas las tendencias políticas, aplaudían entusiasmados. Y siguieron aplaudiendo cuando Carlos ya había salido.

-Anule todas mis entrevistas para los próximos días -dijo a Carmen al llegar al despacho.

-¿Qué vas a hacer? -preguntó Nacho.

-Voy a buscarla.

-¿A Cristina? -su asesor estaba al tanto de sus sentimientos.

Carlos afirmó con un gesto.

-Hazlo -dijo Nacho palmeándole la espalda-. No te rindas.

-No sé ni dónde está ni qué hace. Ni siquiera sé si ya se ha ido a Barcelona, pero voy a plantarme delante de la casa de alguna de sus amigas y no me iré hasta que me diga dónde puedo encontrarla.

-¿Y luego?

-Luego ya veremos. Si tengo que arrastrarme, me arrastraré. Pero conseguiré que se case conmigo. Y si para eso tengo que renunciar a la alcaldía, no dudes de que también lo haré.

Capítulo 15

Era duro aceptar que el hombre que amaba la había traicionado. Cristina estaba dolida. Pero un día después del anuncio del emplazamiento de Salitre, y después de darle muchas vueltas, la joven intentaba comprender la situación. Se enteró de las exigencias de los agricultores para cultivar sin pesticidas. Podía entender éso.

No me ha traicionado. Ha elegido lo menos malo.

Podía entender la importancia de dedicar unos terrenos a la agricultura ecológica. La alimentación sana era muy importante. Pero también era clave impedir la construcción de Salitre en ese paraje. Volvían a estar como al principio, aunque con una pequeña diferencia. Ella lo amaba. Y el hecho de que fuera el alcalde no hacía que sus sentimientos disminuyeran.

No podía renunciar a él.

Se subió a coche y se dirigió hacia la alcaldía. Tenía que verlo. No podía permitir que la política acabara con lo mejor que le había pasado en la vida. Seguiría con él. Pero tampoco estaba dispuesta a renunciar a sus creencias, así que se preparara, porque también discutiría con él. Discutiría todo lo necesario para que entendiera su postura.

Puso la radio. Retransmitían en directo la rueda de prensa que Carlos estaba dando. Y a los pocos minutos, Cristina pudo comprobar que se había enamorado de alguien increíblemente honrado. Y valiente. Aceleró. Quería llegar cuanto antes.

Los guardas la dejaron pasar sin problemas. Claro, oficialmente era todavía la novia del alcalde. Saludó sonriendo a otro guarda. Alguna ventaja tenía que tener la fama.

Pero no le fue tan fácil entrar en el despacho de Carlos, porque la dichosa secretaria se puso por el medio, tratando de impedir que accediera.

-No puedes entrar -dijo Carmen extendiendo los brazos-. El alcalde está reunido.

No era cierto. Carlos acababa de llegar y no le había dado tiempo de reunirse con nadie.

-Trata de impedírmelo -dijo Cristina apartándola sin demasiada delicadeza. Y se dirigió decidida hacia la puerta.

-Te estás poniendo en ridículo -insistió Carmen. Sólo faltaba que le estirara de la ropa para frenarla-. Todos sabemos lo que eres, y no pintas nada aquí. La gente ya te conoce.

Esa mujer era capaz de recurrir a cualquier cosa con tal de que no entrara, pero Cristina no hizo caso. Sabía lo que tenía que hacer.

Entró sin llamar.

A tiempo de oír a Carlos hablando con Nacho.

-Si tengo que arrastrarme, me arrastraré. Pero conseguiré que Cristina se case conmigo. Y si para eso tengo que renunciar a la alcaldía, no dudes de que también lo haré.

Calló cuando se dio cuenta de que ella estaba en la puerta. Ninguno de los dos habló. Se dirigieron uno hacia el otro mirándose a los ojos, y se abrazaron.

-Esto... -Nacho reuló hacia la puerta, impidiendo que Carmen entrara-, creo que me he dejado algo fuera.

Carlos acercó sus labios a los de Cristina y la besó. Siguió abrazándola como si no pudiera soltarla. Ella estaba feliz. No quería que la soltara nunca.

-No tienes que arrastrarte. Ni renunciar a la alcaldía. ¡Ah! Y no me venido por tu discurso. Eso me ha gustado, pero ya estaba de camino.

-Y yo no he hecho ese discurso para que volvieras. Es lo que creo. Lo justo.

* * *

Estaban en el sofá del salón de Carlos mirando la televisión, cuando recibieron la llamada de Jaime Ruíz.

-Jaime quiere que sea su sucesor -dijo Carlos cuando colgó el teléfono-. Quiere que sea el próximo presidente -sonrió cortado.

-¡Eso es fantástico! -exclamó Cristina- Serás un magnífico presidente. El mejor.

Carlos se levantó y dio una vueltas por la sala. Se quedó pensativo un rato frente a la ventana, y luego se volvió hacia Cristina.

-¿Por qué volviste? -Carlos la miraba con intensidad.

¿Qué le pasaba? ¿Habrían cambiado sus sentimientos? ¿O pensaba que ella no era la esposa adecuada para el futuro presidente del país? Cristina empezó a tener serias dudas.

-¿Sigues queriéndome? -preguntó ella a su vez- ¿O lo he estropeado todo?

-Claro que sigo queriéndote. Pero necesito que me digas por qué volviste.

-¿Importa eso?

Carlos se acercó y la cogió de las manos.

-Tengo que estar seguro de que serás feliz a mi lado. Si no renuncio a mi carrera política, he de saber que podrás ser feliz conmigo. Tendrás que privarte de algunas cosas.

-Pues verás -dijo ella soltándose y acercando sus manos a la cara de él-, he estado calibrando opciones.

-¿Y qué has decidido?

-He decidido que, de todas las posibilidades que se me planteaban, lo único que no podía soportar era el estar lejos de ti. Cásate conmigo, Carlos. Te quiero. Aunque seas un político.

-Ten en cuenta que puedo renunciar a la política y dedicarme a mi profesión. Me gusta la arquitectura.

-No quiero que renuncies. Puedes hacer muchas cosas buenas en política. Y quiero que las hagas.

-¿Estás segura de que quieres llevar esa vida?

Cristina asintió.

-No siempre estaremos de acuerdo -dijo-. Discutiremos. Discutiremos mucho. Pero espero que siempre podremos llegar a un pacto.

-Si salgo elegido presidente, será duro para ti. Tendrás algunas obligaciones que tal vez no te gusten.

Carlos la miraba preocupado. Realmente era irresistible. Cristina lo cogió de la mano y lo miró a los ojos muy seria.

-Has de saber que no pienso unirme a ningún club de mujeres. De ningún tipo. Y que a veces intentaré escaquearme de las cenas de gala. Ya te lo advierto.

Carlos la besó.

-Y otra cosa -ella continuaba seria-. No pienso organizar cenas formales y aburridas. Si tengo que organizar alguna, espero que sea original y divertida. Así que ya estás avisado. ¿Quieres casarte conmigo? ¿Sí o no?

Carlos volvió a besarla. No era necesario que respondiera. Estaba claro.

Epílogo

Carlos y Cristina se casaron al mes siguiente.

La cena que siguió a la ceremonia fue muy original. No por la comida que se sirvió, variada y de calidad, sino por lo variopinto y heterogéneo de los comensales. Asistieron todos los familiares y amigos de los novios, así como los principales responsables del PDL, el Partido Demócrata Laborista y muchos de los activistas de Ecomovie. Una mezcla explosiva.

Ese extraño revoltijo podría haber sido un caos, pero todo transcurrió en paz y armonía. Aunque hubo alguna que otra sorpresa. Alejandro, el activista, pidió sentarse a la mesa con Carmen, la secretaria del alcalde.

-Están saliendo juntos -explicó Cristina a sus amigas-. Nunca me lo hubiera imaginado, pero así es. Miradlos. ¡Están tan monos!

Andrea y Teresa se giraron para mirarlos. Carmen sonreía. No parecía la misma criatura resentida de unos meses atrás. Su relación con Alejandro la había cambiado.

Carmen confesó haber puesto la silicona en la puerta del despacho de Carlos, para después acusar a su odiada enemiga. Y también fue ella la que habló con Álvarez sobre Cristina, insinuando su falta de moralidad.

-¿Lo hizo porque quería ligarse a Carlos? -preguntó Andrea.

-¡Qué cosas preguntas! -exclamó Teresa-. Claro que lo hizo por eso.

-Sí. Pero también fue la que mandó el cava a la habitación de Carlos. Tenía intención de beberlo con él -Cristina guiñó un ojo-. Pero me lo bebí yo. Eso fue el inicio de todo. Así que tengo que estarle agradecida. Todo ha sido en parte gracias a ella.

Carmen aseguró que estaba muy arrepentida. Tanto que incluso confesó sus crímenes sin que nadie le preguntara. No se hubieran enterado nunca si ella no lo hubiera contado.

-Le vendrá bien esa relación -dijo Teresa, que desde que se había casado lo

veía todo bonito-. A Carmen le beneficiará el idealismo de Alejandro.

-Sin duda -afirmó Andrea-. Pero a Alejandro también le beneficiará una mujer con los pies en la tierra, como Carmen.

-¿Y por qué te odiaba? -preguntó Teresa a Cristina.

-Dice que no lo sabe -contestó ella-. Reconoce que no tenía motivos, pero que le caía mal. Supongo que es una de esas antipatías inexplicables. Ahora ya no me odia. Desde que tiene a Alejandro, incluso le caigo bien.

El tío Horacio se acercaba con una gran sonrisa.

-Tu marido va a ser un magnífico presidente -dijo cuando estuvo lo bastante cerca-. Yo siempre supe que al final, tu puesto estaría en la política.

-Mi puesto no está en la política -dijo Cristina-. Está el de mi marido.

-Es lo mismo -dijo el tío-. No puede haber una cosa sin la otra.

Cristina se dispuso a discutir. Le encantaba debatir con el tío Horacio. Sobre todo cuando ella tenía razón. Pero él la acalló con un gesto de su mano.

-Ahora que estáis las tres juntas -dijo con un extraño brillo en la mirada-, tengo algo que contaros.

Las tres jóvenes lo miraron con atención.

-¿Os acordáis de Irene?

Claro que se acordaban. Irene había intentado seducir a Alberto y había causado muchos problemas. Casi consiguió separarlo de Andrea.

-Va a casarse -dijo Horacio.

-¿En serio? -preguntó Teresa con los ojos abiertos como platos.

-¿Quién es el afortunado? -preguntó Andrea con curiosidad.

-O el iluso -dijo Cristina levantando las cejas.

-Irene ha cambiado -dijo el tío Horacio-. Se ha enamorado por fin. De Fede. Daniel y Carlos, aparentemente distraídos al otro lado de la mesa hablando con Alberto, casi dieron un salto. ¿Fede se casaba con Irene?

-Fede también ha cambiado -dijo Alberto, que ya estaba enterado de la noticia-. No sé si sabéis que es mi hermanastro. Bueno, en realidad, no, pero como si lo fuera. Y sí, me consta que es una persona distinta. Los problemas que ha tenido últimamente lo han hecho recapacitar.

-El hecho es que se casan -siguió el tío Horacio-. Y quieren que todos asistáis

a su boda. Quieren celebrarla por todo lo alto. Después se instalarán en Houston.

-Vaya, pues seremos vecinos -dijo Daniel.

-Sí -dijo Teresa-. En otro tiempo me hubiera preocupado.

Pero en cambio propuso un brindis por los nuevos novios.

-Ahora, tío Horacio -dijo Cristina-, sólo hemos de buscarte a ti una novia. Así cerraremos el círculo.

-Señorita -dijo el tío Horacio intentando despeinar a su sobrina, que tuvo que huir para evitarlo-, eso queda fuera de tu jurisdicción.

* * *

¿Te ha gustado el libro?

Por favor, deja tu comentario en Amazon.

Otros títulos de la autora

[Vaya Novio que me has buscado, Mamá \(ES, US, DE, UK, FR\)](#)

[Y resultó que era mi Médico \(ES, US, DE, UK, FR\)](#)

[Amor infiltrado \(ES, US, DE, UK, FR\)](#)

[Amor Inesperado \(ES, US, DE, UK, FR\)](#)

[Amor insospechado \(ES, US, DE, UK, FR\)](#)

Sobre la Autora

Laura Benet es una romántica sin remedio. Cree en los príncipes azules, el amor verdadero y los finales felices, pero prefiere comer hamburguesas antes que perdices. Sus héroes y heroínas podrán pasar todas las dificultades que sea, pero siempre encontrarán la felicidad.

Copyright y Avisos

Copyright © 2018 Laura Benet

Copyright © del diseño de portada Laura Benet

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, cualquier forma de reproducción total o parcial, distribución y comunicación públicas, transformación de la obra, así como la creación de obras o productos derivados de la misma, sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción. Los personajes, situaciones y entorno son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

* * *

Si te gusta este libro, por favor respeta los derechos de su autora. Seguir vendiendo libros me permite dedicar más tiempo a escribirlos.